

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 40
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 42 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

CUATRO PALABRAS ACERCA DE MOLIERE.

Hay en poesia, en literatura, cierta clase de hombres fuera de la linea aun de las primeras celebridades; genios fáciles y fecundos, cuya ciencia, cuya riqueza de imaginacion encuentran pocos rivales. La antigua Grecia, despues de la colosal figura de Homero, que abre gloriosamente una senda á esta gran familia, y que nos presenta el génio primitivo de la porcion mas bella de la humanidad, nos ha puesto en grave compro-

tros mas legítimos antepasados. Pero la literatura latina tuvo una importacion demasiado directa, demasiado artificial, pues desde un principio fué tomada de los griegos. Los mas grandes, los mas fecundos escritores de esta literatura fueron Ovidio y Ciceron, aun cuando á esta literatura pertenece el honor de haber producido los mas admirables poetas de las literaturas de imitacion, de estudio y de gusto, aquellos tipos extraordinarios y acabados como Virgilio y Horacio. Pero á los tiempos modernos, al renacimiento de las letras es á donde debemos encaminarnos á fin de que nos den noticia acerca de los demas hombres de ingenio que buscamos: Shakspeare, Cervantes, Lope de Vega, Tirso de Molina,

Asi vemos á estos genios raros, de grande y fácil belleza, de belleza cándida y genuina, que triunfan gloriosamente de las condiciones mas contrarias á su propósito; se despliegan y llegan á proclamarse invencibles. En una palabra, estos grandes individuos creo que tienen el génio de la poética humanidad, y que son la tradicion viviente y perpétua y la personificacion irrecusable de su época.

Moliere es uno de estos testigos ilustres, aun cuando no haya abrazado mas que la parte cómica, las discordancias del hombre, sus vicios, y aunque la parte patética no haya sido considerada por él mas que como un rápido accesorio. Moliere pertenece al siglo en que vivió por la pintura de ciertos rasgos exclusivos, y por el empleo de las costumbres; pero tambien pertenece á todos los tiempos, porque tambien pintó al hombre en general, y nada mas fácil para medir la estension de su génio, que observar la facilidad con que se une á su siglo, y la facilidad y la maestria con que se separa de él. Sus ilustres contemporáneos, como Despreaux, Racine, Bossuet, Pascal, etc., son, con mas especialidad, los hombres de su tiempo, esto es, del siglo de Luis XIV. ¿Qué sería Bossuet en nuestros dias? ¿Qué escribiría Pascal? Tanto Racine como Despreaux, acompañaron maravillosamente el reinado de Luis XIV, en su parte joven, brillante, galante, victoriosa ó sensata, Bossuet domina este reinado en el apogeo, y en su periodo ya altamente religioso. Moliere, que hubiera oprimido, (yo así lo supongo) aquella autoridad religiosa cada dia mas dominante, y que murió á propósito para evadirse de este compromiso, Moliere, que pertenecía como Boileau y Racine, á la primera época, es, sin embargo, mucho mas independiente al mismo tiempo que pinta el natural con mas exactitud que nadie.

El siglo XVI, fué una vasta descomposicion de la antigua sociedad religiosa, católica y feudal; el advenimiento de la filosofía; mas este advenimiento se efectuó en medio de los mas grandes desórdenes, en medio de la orgia de las inteligencias y de la anarquia material mas sangrienta, especialmente en Francia. El siglo XVII tomó á su cargo la mision de reparar estos desórdenes, y de reorganizar la sociedad, la religion y la resistencia. Todo esto se ve y se revela en la literatura. A la literatura irreverente de Marot, de Buena-ventura Desperriers, Rabelais, Regnier, etc.; á la literatura pagana, griega, epicúrea de Ronsard, Baif, Todele, etc.; á la filosófica y escéptica de Montaigne y de Charron, sucede otra que ofrece caracteres muy distintos y opuestos. Malherve, hombre de forma, de estilo, talento cáustico, hasta cinico, no tiene de cristiano en sus odas mas que la exterioridad; pero el génio de Corneille es ya profundamente cristiano. Por último, todo lo que aparece bajo el reinado de Luis XIV, se ordena gradualmente á la fe y á la regularidad. Despreaux, Racine, Bossuet, el mismo La Fontaine, en medio de sus fragilidades, tiene accesos de religion cuando escribe la epistola á Mad. de La Sabliere, y concluye por la penitencia. En una palabra, mientras mas se avanza en el siglo llamado de Luis XIV, y mientras mas la literatura, la poesia, el púlpito, el teatro, revisten las cosas con cierto carácter religioso y cristiano, mas acusan en los sentimientos generales que espresan, este regreso de creencia á la revelacion y á la humanidad vista en y por Jesucristo; este es uno de los rasgos mas característicos y profundos de esta literatura inmortal.

Pero Moliere no puede mirarse bajo este punto de vista, pues aunque sus obras resaltan mas que las otras en este cuadro admirable del siglo de Luis el Grande, pertenecen no obstante á un pensamiento mas tranquilo, mas vasto, mas indiferente, y por consecuencia mas universal. No quiero decir por esto que Moliere en su obra ó en su pensamiento fuese un talento muy decidido, que á pesar de su traduccion de Lucrecia, no tuviese un fondo de religion moderada, sensata, de acuerdo con las costumbres de su tiempo, que reaparece en su última hora, y que brilla con tanta solidez en la escena de Cleante del *Tartufe*. No, Moliere, el sábio, el enemigo de los excesos y de los vicios, no debió participar de aquel libertinage, de aquel cinismo de Saint-Amant, Boisrobert y Desbarreaux. Se indignaba de buena fé respecto á las malignas insinuaciones que propagaban sus enemigos sobre su religion desde la aparicion de la *Escuela de las mugeres*. Pero lo que yo pretendo establecer, y lo que caracteriza á Moliere entre sus contemporáneos de génio, es que comunmente vió la naturaleza humana en si misma y su generalidad.

Sin embargo, hoy que juzgamos las cosas á cierta distancia, y por los resultados, Moliere me parece mucho mas radicalmente agresivo contra la sociedad de su tiempo que creyó serlo. Lo mismo Pascal que Moliere me parecen hoy los mas formidables testigos de la sociedad de su tiempo; Moliere en un espacio inmenso, y hasta penetrando en el recinto religioso, entregando á



Retrato de Moliere.

misó para indagar quién ha sido aquel que ha sobrepujado posteriormente. Sofocles, tan fecundo como parece haber sido, tan humano como se mostró en la expresion armoniosa de los sentimientos y de los dolores, permanece siendo tan perfecto y tan sagrado, por decirlo así, en la forma, que no se le puede separar de su pedestal puramente griego: faltan los cómicos famosos y no aparece mas que Menandro, que fué sin duda el mas perfecto en la familia de los genios de que nos ocupamos. En Roma solo veo figurar á Plauto, Plauto mal apreciado aun, pintor profundo y variado, director de teatros, actor y autor como Shakspeare, y como Moliere, á quien es preciso considerar como uno de nues-

Calderon, Rabelais, Moliere, y dos ó tres mas, en desigual categoria literaria, constituyen la columna cimental que sostiene el edificio de la buena literatura. Algunos de estos hombres han experimentado distintas vicisitudes; sufrian, combatian, amaban; soldados, médicos, cómicos, cautivos, apenas tenían con que vivir, y sin embargo, soportaban la miseria, las pasiones y las mayores contrariedades en medio de su santa empresa: pero su génio sobrepujaba al lazo de opresion que les imponia el destino, y sin resentirse de las consecuencias de tan perpétua y continuada lucha caminaron impávidos y resueltos por el sendero que ellos mismos se habian trazado.

la burla el título vano, la desigualdad conyugal, la hipocresía capciosa; Pascal en lo interior del corazón, haciendo temblar también á su manera la bóveda del edificio con los gritos de angustia que lanza, y con la fuerza de Sanson con que se abraza al sagrado pilar. Plauto tenía un pensamiento ulterior sistemático cuando se trataba de la usura, de la prostitución, de la esclavitud, de aquellos vicios y de aquellas costumbres de la antigua sociedad?

El momento en que apareció Moliere, fué favorable á la libertad que tuvo y que ejerció. Luis XIV, joven todavía sostuvo sus tentativas atrevidas y familiares y le protegió. Si Moliere hubiera vivido lo bastante para alcanzar el reinado de Mad. Maintenon, ó si solamente hubiera alcanzado el período del ascendiente de Bossuet, indudablemente no hubiera sido tan eficazmente protegido, y al fin experimentara una continua persecución. Esto se comprende bien, si se tiene en cuenta la cólera de los oráculos religiosos de entonces contra Moliere, la cruel severidad de espresion con que Bossuet se mofa y triunfa del cómico que muere riéndose, y la indignación del sabio Bourdaloue en el pulpito acerca del *Tartufe*. Se concibe lo que sucedería si se recuerdan las palabras de Baillet, quien en sus *Juicios de los sabios* comienza en estos términos el artículo acerca de Moliere: «Mr. de Moliere es uno de los mas peligrosos enemigos que el siglo ó el mundo ha suscitado á la iglesia de Jesucristo, etc.» Moliere fué superior á su época; atacó con singular maestría la sociedad de su tiempo y escribió para todos los hombres.

B**

TIPOS ESPAÑOLES.

Los siguientes artículos, y algunos otros del mismo género que publicaremos mas adelante, pertenecen á una colección de brevisimas fisiologías que su autor ha escrito para que sirvan de texto al bellísimo album de tipos españoles, que ha de publicarse en París, Londres y Madrid, el distinguido pintor francés Mr. Alfredo Geniole. Como el autor ha tenido presente al escribirlas, que iban á traducirse á los idiomas extranjeros, ha eritado en lo posible el tecnicismo, de cuyo conocimiento tiene dadas repetidas muestras.

LOS TOREROS.

EL TOREADOR.

Dice el Diccionario de la lengua castellana que *toreador* es, «el que torea» y aunque la tal definición no nos ilumina gran cosa que digamos, nos satisface sin embargo, y la admitimos, puesto que estamos en el secreto de que si los sabios académicos no dijeron lo bastante pensaron decir algo mas y fué: «Que por toreador se entiende el que torea por afición y sin recibir por su trabajo recompensa alguna.» El *torero*, es precisamente el reverso de la medalla. Pero dejemos á este individuo para mas adelante, y remontémonos al origen del espectáculo.

Los toreadores son poco menos antiguos que los toros, y desde que el hombre vió por la primera vez al cornudo monarca del soto, le ocurrió huir del soberbio empuje de su testuz, y se decidió á no dejarse enclavar en sus astas. Si el toro fué uno de los animales que se salvaron del diluvio, es indudable que Noé le *citaría* para obligarle á entrar en el arca, y que al sacarle de ella le volveria á citar sirviéndole de *burladero* la puerta.

Queda, pues, probado, y si no lo estuviere lo probaremos mas adelante, que con el toro, nació el torero, y á la par que ambos el toreador.

Mas ó menos perfeccionadas, por afición ó por oficio, por necesidad ó por pasatiempo, las corridas de toros son tan antiguas como el toro mismo; si este bicho lo es tanto como el mundo, resulta probado que el toro y el toreador existen desde que el mundo es mundo.

Pero si al lector no le gusta marchar de una en otra hipótesis para averiguar el origen de esa clase de fiestas, nosotros le diremos que el célebre Rodrigo Díaz del Vivar (el Cid Campeador) alanceó toros desde el caballo; y que desde el siglo XII se conocen las corridas de toros en España. Ellas fueron el mayor recreo de la nobleza de Alfonso VII, y desde entonces hasta nuestros dias ha ido siempre en aumento este espectáculo *solo de España*, como dijo en el año 1500 el licenciado Francisco Cepeda. Diferentes monarcas han alternado en las lides de toros, con los caballeros, disputándoles el premio que la dama mas hermosa de la corte destinaba para el mas diestro y galán. Los reyes moros de Granada usaban tambien esas fiestas en competencia con los castellanos, y en las bodas del rey don Juan con doña María de Aragon, tomaron gran incremento las corridas de toros; siendo esto causa de que algunos escritores hayan querido suponer que desde entonces se conoce esta diversion como espectáculo público y nacional. Nosotros nada diremos en pró ni en contra de esa opinion, porque no contamos 400 años de vida, ni nos dirigimos á personas que se hallen en tan lastimoso caso.

Tomaremos las cosas tal cual están, sin cuidarnos de averiguar como estuvieron, y puesto que ya el torero, no es una mera diversion sino un arte, y los toreadores no son sino artistas conocidos con el nombre de

diestros dejaremos á un lado á los toreadores de afición, para ocuparnos de los toreros de oficio.

EL CHULO.

Este individuo de la vasta familia de los toreros, que se forma de un muchacho de corazón, osado, temerario, de buenas piernas, y que á ser posible esté bautizado en Andalucía, es el embrión de los Romero, de los Costillares, Pepehillos, Montes, Cúchares y Redondo. Desde muy niño se le ve abandonar la escuela por asistir á las corridas de toros, y ganarse la amistad de los picadores cuidándoles los caballos mientras dura la fiesta, y examinando luego las estocadas que recibieron los toros, con una curiosidad verdaderamente artística. Antes de cumplir los 19 años de edad, ya asiste al matadero público, donde le permiten torear las vacas destinadas al sacrificio, y frecuentando el trato con los maestros del arte, va adquiriendo la posición que algun dia ha de coronar sus deseos de la infancia. Pero no es en la lidia de las reses de la carne donde el neófito recibe el bautismo de toreador, ni donde se inicia la gran familia de los lidiadores. Las corridas de novillos son el principio de su carrera, y la pieza de exámen que le ofrecen los que algun dia han de guiarle al templo de la inmortalidad, ó han de ver con envidia sus triunfos; pues mas de una vez sucede que los maestros se arrepienten de haber enseñado al chulo los primeros rudimentos de la tauromáquia.

Es lo cierto, sin embargo, que no hay hombre sin hombre, y que el toreador que aspira á ser torero, necesita la protección de un *espada*, que lo admita en su cuadrilla, permitiéndole ensayar algun dia la difícil suerte de las banderillas. Esta gracia, repetida con buen éxito media docena de veces, y aplaudida otras tantas por el público, da á nuestro novicio la respetable investidura de

BANDERILLERO.

Hasta que adquiere este grado en la carrera, viste de negro con media blanca, y su principal oficio en la plaza es el de acudir con una espuerta de arena á empujar la sangre con que los caballos heridos por el toro regaron el *redondel*. Desde que se hace banderillero, ya puede vestir de plata y seda, y no le falta algun gran señor que declarándose su padrino, le regala un vestido de lujo, en gracia de haberle *brindado* tal cual vez, un par de banderillas, ó *echado* en su nombre un *capote* al toro. Pero esto no puede hacerlo sin su cuenta y razon, porque el espada á quien sirve le pide al final de la corrida, estrecha cuenta de las capas que echó sin su permiso, *descomponiendo la cabeza* al bicho, ó *quitándole las piernas* mientras se estaba picando. El banderillero es un verdadero ayudante del general en jefe, que es el espada y no debe hacer nada que este no le ordene. Debe tener siempre un ojo fijo en el toro, y otro en el espada, para cumplir bien su obligacion; siendo la principal el estar pronto á *sacar el toro* de los caballos cuando *recargue* y nada mas; cuidando mucho de echarle el capote á los ojos. Llegada la hora de las banderillas, es cuando nuestro héroe queda entregado á si mismo, sin mas director de escena que las reglas del arte y el estudio que haya hecho durante la lidia, de la naturaleza y de los resabios del toro. Este conocimiento es de la mayor importancia, y es el que decide el lucimiento de la suerte y hasta la vida del banderillero. Segun haya observado que el toro es *boyante*, *abanto*, *tuerto*, *burri-ciego*, etc. deberá intentar clavarle las banderillas al *cuarteo*, á *media vuelta*, á *topa carnero*, al *sesgo* ó al *recorte*. Esta última suerte es la de mayor lucimiento y la mas atrevida. El diestro que la repita tres ó cuatro veces en una temporada, puede estar seguro de una fama imperecedera. No hay nada mas elegante ni mas airoso que ver á un banderillero serpenteando el cuerpo para recortar á un toro boyante que se humilla engañado hasta clavarle los palos. El diestro que acaba con felicidad esta difícil suerte puede pasear con orgullo la plaza, entre las aclamaciones del pueblo; cuyo entusiasmo llega algunas veces hasta pedir que el espada, ceda la muerte del toro al afortunado banderillero. En cuyo caso ya no es de nuestra incumbencia el describir lo que allí pasa. Otra es ya la categoría del novicio.

EL ESPADA.

A este rey de la fiesta, verdadero Cid campeador de la batalla, no está bien que le vea el lector con el capote al brazo, corriendo en seguimiento del toro para llevarle hácia los picadores; no por que esta suerte, y la de sacar el toro *pegajoso*, cuando *recarga*, sea de poco lucimiento, sino por que despues de las banderillas, dió el clarín la sentencia de muerte al bicho, y es llegada la hora de ver al diestro con la *muleta* y el *estoque* en la mano izquierda arrojar lejos de si la montera, despues de haber tomado la venia de la autoridad que preside la plaza.

En ese momento supremo, un silencio religioso sucede á la continua gritería de los espectadores. Las gentes, que ocupan los tendidos inmediatos al palco de la presidencia, se alzan en pie para acompañar en el saludo al espada, y este con una rodilla en tierra, si la reina asiste á la corrida, ó de pie en caso contrario, suelta este ú otro brindis parecido:

Por la reina; por usía; por la Constitución, y por toda la gente de mi tierra.

El público aplaude la improvisación del espada, que

gallardo y airoso, marcha decidido á encontrar al bicho llevando detras de si á los mas diestros de la cuadrilla, prontos á ejecutar cuanto él les diga y mejor convenga al buen éxito de la suerte. Nuestro héroe ha hecho ya un completo estudio del animal, que ha de ser su víctima ó su verdugo, segun sea el resultado del duelo á muerte. Avanza de frente, mas ó menos á proporcion que el toro tenga pocas ó muchas piernas; le cita con la muleta hasta hacerle tomar el engaño y despues de darle unos cuantos *pases al natural* ó *de pecho*, se le cuadra perfilado, con la mano derecha sobre el pecho, y la punta de la espada marcando ya el sitio por donde ha de buscar la sepultura, cita de nuevo al toro; este se humilla; el espada avanza el brazo que tenia encogido sobre el pecho, y cuando el toro tira la cabezada, que le da la muerte, el diestro se halla fuera del peligro. Pero esta airosísima manera de matar los toros, es como todo lo bueno muy difícil, y no se ve todos los dias, ni á todos los toreros, ni con todos los toros, la suerte de matarlos *recibiendo*. A la *carrera*; á *media vuelta*; á *paso de banderilla*, ó á *volapié*, suelen morir la mayor parte de los bichos, con no poco sentimiento de los aficionados. Hay pocos espadas hoy dia que reciban toros, por mas que el estado actual de las ganaderías produzca muchos toros fáciles de ser recibidos por los espadas.

Afortunadamente no nos hemos comprometido á escribir este ligerísimo bosquejo de los lidiadores, á disertar sobre el estado actual de la corrida de toros, ni menos á hacer una reseña de todas las suertes que pueden hacerse con los bichos. Nuestro buen amigo Geniole, nos ha pedido cuatro palabras acerca de cada uno de los tipos que con tanta inteligencia como verdad ha retratado, y ya nos está esperando á pie.

EL TORERO DE A CABALLO.

Este toreador ó torero, ó como quiera que se llame, no se parece nada, en cuanto hombre, á los demas hombres que lidian á pie. Ni necesita ser esbelto, ni lijero, y sobre todo le sobran las piernas, que al diestro de á pie casi siempre le faltan. Le conviene por el contrario, ser grueso, aunque no tanto que los caballos (en su mayor parte tísicos) que salen á la plaza, no puedan sostenerle. Su primer estudio ha de ser la equitación, porque no puede hacerse un picador del hombre que no sirve para ginete. Despues que ha educado bien la mano izquierda para gobernar la cabeza del caballo, y sabe afirmarse sobre los estribos, es cuando llega la hora de ensayar la robustez del brazo derecho para ver si podrá parar el empuje de un toro de cabeza sin *despaldillarle* ó cosa por el estilo. Si en sus mocedades no ha sido vaquero, ni tenido amistad íntima con ningún mayoral de las diferentes ganaderías que surten las plazas de España, debe de asistir á los *tetaderos*, verdadera escuela del picador. En esos sitios, verdadero certámen académico, en el que los toros pueden aspirar á merecer las notas ó censuras de *sobresalientes*, *sobresalientes con recargue*, ó simplemente *buenos*, ó lo que es peor aun *flojos*, es donde el picador puede averiguar la potencia de su brazo derecho, la habilidad de su mano izquierda y la resistencia pasiva de sus espaldas. Ahí es donde aprende á medir la tierra, parte muy esencial de su oficio, y á acostumbrar su cuerpo á no resentirse de los porrazos. En este punto, el picador es como los objetos de cristal, que jamás se quiebran en manos del fabricante; mientras el torero de á caballo cae derribado por el toro, jamás se hace daño, y aunque se retira alguna vez á la enfermería, casi siempre lo hace por aparecer sensible ó interesante, y por ganar el dinero con mas comodidad y menos esposición.

Verdad es que cuando sale á la plaza, va cubierto de hierro desde la cintura al tobillo, con lo que llaman las *monas*, pero su invulnerabilidad en las caídas, solo consiste en que el picador es como todos los hombres, animal de costumbre, y ha adquirido la de caerse y la de levantarse en un solo tiempo.

El destino que desempeña en las corridas de toros, está sujeto á varias contingencias, y no tiene nunca la independencia del diestro de á pie, que apenas tiene embarazos de ninguna especie, y puede lucir su habilidad sin mas que contar con su corazón y sus piernas. Al picador no le basta tener corazón y brazo, y saber arrear un caballo, sino que con esas buenas cualidades, puede á veces quedar deslucido y no poner una vara en regla en toda una corrida. El picador necesita los siguientes brazos auxiliares: primero, el contratista de caballos; si le dan un rocínante como el de don Quijote, que tiene callo en la boca, ó no tiene vientre en que sentir el acicate, por mas que el ginete le obligue, ó no le dejará llegar á la suerte, ó no le librará del porrazo despues de echada. Segundo, es indispensable que no riña con el espada, ni con ninguno de la cuadrilla, para que no le distraigan el toro antes de la suerte de vara, ó se le saquen antes de rematarla con lucimiento. Es indispensable tambien que el dueño de los toros no pida en verano el *hierro de invierno*, porque esto puede ser muy fatal al picador, aunque de esto cuida demasiado el contratista de los caballos; y por último, el público, juez supremo en las corridas de toros, en ninguna suerte se cree mas entendido ni falla con mayor autoridad que en las de vara. Y si todos esos percances le parecieran pocos al lector, aun le falta otro de no poca importancia; aludimos á los *apremios* que suele enviarle la autoridad, para que *vaya al toro*. Pero como esos recados se los lleva el alguacil, y tambien este personaje es molécula integrante de las

corridas de toros, bueno será que digamos cuatro palabras de

EL ALGUACIL.

Conocido con el nombre de *corchete*, porque engancha á los reos para llevarlos al tribunal, y en esfera mas sublime, con el de *ministro de justicia*, esa millonésima fracción de los tribunales de España, es el único individuo, cuyo gran uniforme se conserva tal cual se usaba en los siglos XV y XVI. En los días de toros y algunas otras solemnidades por el estilo los habitantes de Madrid se pueden hacer la ilusión de que viven en la corte de Felipe IV ó de que ha tornado al mundo el célebre Quevedo seguido de su odiada cohorte de alguaciles.

Cuando el ministro de justicia se viste del modo que queda dicho, ni anda vigilando las plazuelas para que los vendedores cumplan los bandos de policía urbana, ni llevando papeletas de apremio, ni otras menos simpáticas tareas de su oficio; cuando monta á caballo los lunes, es para marchar delante de la cuadrilla de lidiadores á hacer el saludo, y descubrirse debajo del palco de la presidencia para recoger la llave del toril. Entonces es cuando haciendo alarde de ginece, entrega la llave para que suelten el toro, y mete espuelas, saliendo de la plaza entre los silbidos de los espectadores. Esto último es tan indispensable en esos momentos, que si algun alguacil no tuviese la honra de ser silbado por el público, sus compañeros le obligarian á que presentase á la dimisión de su destino.

Apenas deja el caballo, se situa entre barreras, debajo del palco de la presidencia, con la cara vuelta hacia la autoridad para recibir sus órdenes, entre las que se cuenta la de mandar al picador que vaya al toro.

Son sus enemigos los toros de Colmenar, porque á pesar suyo, saltan la barrera para hacerle una visita, y mas de una vez y mas de un alguacil se ha visto por el aire entre las hastas de un toro.

Terminada la corrida, se despoja el alguacil de su *gola* y de su *espadín*, y vuelve á la vida privada, á dar cuenta á su muger de los lances de la corrida, y del peligro en que le puso el toro que *tomó el olivo*. Pero esto no le importa al lector, y para saber los lances de la corrida, mejor será que nos acompañe á ver

UN GRUPO DE TOREROS.

Antes y despues de las corridas, el torero de á pie es el de á caballo, viste pantalón largo, chaqueta corta, faja de seda, chaleco abierto, y sombrero *calañés* ó *pachó*. Ese traje no es el de la generalidad de los habitantes de Madrid, como han querido suponer algunos extranjeros, pero le usan algunos artesanos, y por esa razon el distintivo principal de los toreros consiste en el *moño* ó *coleta*. La delgada trenza de pelo que el día de la corrida engalanan con un lazo de cintas, es el sello de la cofradía, y apenas se oye decir, que tal ó cual torero *se ha cortado la moña*, ó se le puede encomendar á Dios, ó se sabe por lo menos que se ha dado de baja en el arte.

Sus puntos de reunion son el café de *Venecia* ó el de las *Cuatro calles*, y en este último punto se los encuentra á todas las horas del día, con especialidad al anochecer y en las altas horas de la noche. Entre las calles del Príncipe y la de Peligros, se pueden conocer las notabilidades taurómacas y sus aristocráticos padrinos, siendo esa la bolsa donde se saben todas las noticias palpitantes de la tauromaquia. El grupo puede bien formarse: de un espada, un picador, dos banderilleros, y una manola (querida de alguno de ellos). Su conversacion seria harto prolíja y no estaria al alcance de todos por mas explicaciones que diésemos acerca de su indispensable y difícil tecnología; daremos una muestra de ella:

Un picador. El lunes se acaba la ganadería del duque; le voy á picar los bichos con el *regatón*.

Una manola. Harás muy bien, porque como el corregidor es amigo suyo te pondrán *poco hierro*, y casi es lo mismo.

Un espada. Pues hará mal, porque ese no es modo de lidiar los bichos, y luego van *sin castigo* á la muerte.

La manola. Te lo darán mechado y te lo servirán en una fuente para que lo trinches mas á tu gusto.

El picador. Cállate, Paca, ó te reviento de un pescozon.

La manola obedece á la dulce insinuacion de su querido, y éste volviéndose al espada le dice:

—Tú no sientes el poco castigo de los bichos, sino que el duque es tu padrino, y has ofrecido *brindarle* el primer toro y matarle delante de su palco... Pero en los medios de la plaza y con el *regatón* los he de picar á todos; y es mas aun, que les he de tirar el sombrero y hacer de *juir* como cabras.

Un banderillero. Dejarse de disputas y el lunes lo veremos; yo tambien he ofrecido dar el *salto al traspuerno* en el primer toro y arrancarle la *divisa*.

La manola. ¿Para quien?

El banderillero. Para la mejor moza de España, no agraviando lo presente.

La manola. Será para Pepa, la ramilletera.

El banderillero. La misma.

La manola. ¡Vaya una buena moza!... parece un gato desollado.

El picador. (Alzando la mano.) ¡Paca!

El banderillero. Déjala que hable, lo cierto es que me ha regalado un vestido rosa y plata que será la envidia de algunos.

La manola. ¡Como la cuesta poco trabajo el ganarlo!

El picador ya no alza esta vez la mano, sin bajarla brutalmente sobre la megilla derecha de Paca, y agarrándola del brazo se retira con ella del grupo, diciendo: —Señores, á la par de Dios.

Entonces la cuadrilla de á pie queda sola y dice.

El Espada. Mas le valiera á Curro.

Cañamones, hablar menos y tener mas fuerza en el brazo derecho... Estamos muy mal de picadores... Yo no seria contratista de caballos aunque me dieran un millon de reales por cada toro... No saben montar y luego entregan el caballo al momento.

Esas y otras razones pasan entre los concurrentes á las cuatro esquinas y se habla mucho de las suertes de la última corrida, haciéndose diversas conjeturas sobre la calidad del ganado que se prepara para la próxima.

A. FLORES.

HO-FI, EL DEL CEÑIDOR AMARILLO.

CUENTO CHINO.

Si-fian, hija de Bah-bah, era mas blanca que el arroz y mas graciosa que el bambú. Sus pies, modelos de perfeccion china, no eran mas largos que el dedo, lo cual la daba la inestimable ventaja de no poder dar un paso, sin apoyarse en una caña ó en el brazo de una criada, é imprimía á su andar una especie de balanceo elegante, bastante parecido al de esas figurillas llamadas *pousahs*, que oscilan al menor choque de su base de forma redonda. Su talle era tan esbelto, su cara tan linda, y toda su persona tan encantadora, que en donde quiera que se presentaba se atraía las miradas, como la paja que el juglar de Chang-hi mantiene en equilibrio en la punta de su nariz. Sus cejas eran arqueadas como el cuello de un cisne: sus ojuelos cortados como la fruta del almendro se elevaban un poco hacia las sienas, y no los desfiguraban las pestañas, y sus cabellos eran tan finos como las telas que traman las arañas negras de Tsctransi, su nariz era corta y delicadamente aplastada, y sus labios semejantes á las hermosas orugas de color de rosa que los cocineros de Pekin condimentan para la mesa del Hijo del cielo.

La fama de los encantos de Si-fian se habia esparcido por toda la provincia de Kiang-si, y con solo aquella nombradía, su padre habia recibido numerosas demandas de matrimonio. Pero el anciano Bah-bah, era un poco filósofo: despues de meditar largo tiempo sobre las causas teóricas y prácticas de la felicidad, y particularmente sobre la fisiología del matrimonio, se habia formado, en cuanto al vínculo conyugal, un sistema exclusivamente suyo. Sentía en verdad, el haberse fijado en él un poco tarde, es decir, despues de haberse casado: pero al menos habia resuelto que su hija se aprovechase de las luces de su experiencia: para un chino, me parece que eran ideas bastante avanzadas. Profesaba entre otras una doctrina que parecia tan heterodoxa y tan escéntrica, que probablemente le hubiera atraído alguna manifestacion del desagrado imperial, si no se hubiesen suscitado dudas acerca de su estado mental. Esta doctrina, aunque seamos unos bárbaros, no nos parece tan fuera de razon: mas no por eso es menos cierto, que de los sesenta mil millones de habitantes del celeste Imperio, (no contando mas que doscientas generaciones de trescientos millones cada una) Bah-bah fué el primero á quien se le ocurrió poner en duda la perfecta conveniencia de la union conyugal de dos personas que jamás se han visto. Habia tenido el atrevimiento de emitir y sostener aquella opinion, y deducia de ella la consecuencia bastante lógica, de que las partes debian, antes de estrechar los nudos de himeneo, reconocer que existian entre ellas ciertas afinidades y simpatías mutuas. Determinó, pues, contraviendo á todos los usos é ideas recibidas, primero, que su hija veria á su futuro dueño y señor antes de empeñarle su fé, y en segundo lugar, que tuviese una razonable latitud de eleccion entre los numerosos pretendientes que se disputaban su mano.

Un mandarin de boton azul, y dos ricos comerciantes habian enviado magníficos regalos á Bah-bah, y un sabio letrado del colegio de Han-lan, habia compuesto diez volúmenes de sentencias morales, en alabanza de las virtudes y de la hermosura de Si-fian á quien nunca habia visto. Bah-bah aceptó los regalos y recorrió los libros: pero despidió con mucha política á los pretendientes, que vivian bastante lejos para poder hacer la corte en persona. Otros muchos que no tenian esta desventaja, acudieron á ocupar su puesto en las filas, pero ninguno agradaba á Si-fian. Uno era demasiado corpulento, y otro muy pequeño: el tercero escensivamente grueso y el cuarto en extremo flaco; este muy alegre, y aquel por el contrario grave: Ting-ting tenia la voz muy delgada, y Dong-dong muy gruesa. Al uno le gustaba la batata, y Si-fian la aborrecia: el otro no apreciaba como debia el mérito del perro compuesto con azufraís, y aquel era el plato favorito de Si-fian. En una palabra, la hermosa, era una señorita muy difícil de contentar.

Cerca de la ciudad de Hum, en donde residian Bah-bah y su amable hija, vivia un jóven que se envejecia de tener relaciones de parentesco con la familia imperial; y en efecto, descendía de un soberano que habia ocupado el trono cerca de doscientos años antes. El emperador de la China estiende su laudable y paternal

solicitud á todos sus parientes pobres, de los que tiene una lista que comprende cerca de diez mil nombres, y segun el grado de parentesco, señala á cada uno su pension anual que le corresponde con arreglo á cierta escala gradual. Tienen ademas el privilegio de usar algun distintivo, como capa, ceñidor ó gorro de color imperial, es decir amarillo. Ho-fi, el jóven de que tratamos, llevaba un ceñidor de seda, por lo que le llamaban *Ho-fi el del ceñidor amarillo*. (1)

Como tenia la honra de ser primo, aunque en grado muy lejano del Hijo del Cielo, Ho-fi hubiera mirado como una cosa muy inferior á su dignidad, el trabajar para vivir: pero como sus facultades pecuniarias no estaban de manera alguna en relacion con sus pretensiones y sus deseos, veíase algunas veces reducido á singulares expedientes, para proporcionarse sal para su pescado, como diriamos en nuestros groseros idiomas de Occidente, ó mas bien pescado para su sal.

Ho-fi habia oido ponderar muchas veces la gracias de Si-fian, y hablar al mismo tiempo de su carácter caprichoso, sabia que muchos pretendientes habian quedado en el campo de batalla, pero no era hombre que se asustaba por tan poca cosa, y como el sol alumbrá á todo el mundo, resolvió probar fortuna.

Aunque todavia era jóven Ho-fi, habia estado casado seis veces, y siempre, ¿cosa rara?... habia tenido la desgracia de perder á su esposa algunas semanas despues de su enlace. El número siete era generalmente considerado como un número feliz, y no es extraño que tratase de correr la última eventualidad: sus seis esposas queridas estaban sepultadas juntas en una misma tumba y necesitaba, todavia otra para cerrar la cuenta.

Con poco mérito intrínseco, Ho-fi poseia ciertas ventajas que le habian sido muy útiles en muchas circunstancias análogas. Reunia las gracias físicas, que á los ojos de las damas chinas constituyen un cumplido y hermoso caballero. Tenia el mayor esmero con sus uñas de pulgada y media de largo: no usaba barba ni patillas, y su cabeza estaba siempre cuidadosamente afeitada, excepto un mechón de cabellos, que atados con un cordón de seda, le colgaba por la espalda hasta las corvas. A las gracias de la persona, y á lo esmerado de su adorno, talismanes tan poderosos en materia de amor. Ho-fi agregaba cualidades todavia mas preciosas, como una admirable seguridad, una flexibilidad de ánimo que le permitia atemperarse al carácter de cada uno, y sobre todo una rara habilidad para conocer el flaco de las gentes, y arreglar en consecuencia su conducta.

Dirigidas pues las miras á la hija de Bah-bah, Ho-fi formó su plan de campaña, y comenzó por trabar conocimiento con el digno filósofo. Le vió un día ajustando en una carnicería un lomo de fuina ó garduña, y aprovechando la ocasion, se colocó de modo que pudiese entrar en conversacion, y por medio de algunas observaciones dirigidas con oportunidad al carnicero obtuvo la rebaja, que Bah-bah con toda su elocuencia solicitaba en vano. Manifestando entonces su predileccion gastronómica por la fuina, y sobre todo por el lomo de tan suculento cuadrúpedo, hizo girar la conversacion, por medio de una serie de transiciones hábilmente manejadas, de las fuinas á las comadrejas, de las comadrejas á los ratones, de estos á los perros, de los perros á los cerdos, de los cerdos á sus amables compatriotas, y de allí naturalmente á la hermosa Si-fian, hija del sabio Bah-bah. Habló con entusiasmo de aquel gran filósofo, y manifestó con hipocresia su sentimiento por carecer del gusto de conocerle ni aun de vista.

¿Qué filósofo ha estado jamás á prueba de la lisonja? Todo depende del modo con que se disfraza. Bah-bah que ya sentia cierta inclinacion hacia su nuevo amigo, no tuvo valor para cambiar el asunto de una conversacion que tanto alhagaba su amor propio, y se aventuró á sondear las opiniones del jóven en punto á su teoría matrimonial.

Ho-fi, agarró la pelota al vuelo, como suele decirse, y viendo de que parte soplabá el viento, prorrumpió osadamente en los elogios mas hiperbólicos.

—Si me preguntasen, exclamó con aire inspirado, cuál es el mayor de los sabios antiguos y moderno, contestaria, Bah-bah... cuál es el que ha concebido el sistema mas fecundo en felices resultados para la especie humana, responderia, Bah-bah. Y no dudo que llegará un día en que el nombre solo de Bah-bah, será un argumento concluyente, una respuesta para todas las preguntas, y una solucion para todos los problemas. Cuando pregunten á alguno las razones en que se funda, le bastará decir Bah-bah... ¿cuál es su autoridad? Bah-bah... En una palabra, Bah-bah será la quinta esencia de la dialéctica, el resumen de toda dimension, y la última palabra de todas las ciencias.

Aquel mismo día Ho-fi, comió con Bah-bah del lomo de la fuina compuesto con setas con especia. Adquirida tan felizmente la estimacion del padre buscó la ocasion de grangearse la de la hija, y manifestó á Bah-bah, los deseos que tenia de que le presentase á ella. Fijóse al efecto el día, y mientras tanto Ho-fi recogió todas las noticias propias para enterarse de los gustos y caprichos de la encantadora Si-fian.

¿Qué mas podré decir? Como César, llegó, vió y venció: ó para hablar mas correctamente, llegó, ella le vió, y el venció. Su traje era de una elegancia mas es-

(1) Un *wáng* (pariente del emperador) de primera clase, cuesta al Estado cerca de 60,000 taels (2.000,000 anuales), y esta pension va descendiendo gradualmente de rango en rango, hasta los simples herederos del ceñidor amarillo, que no reciben mas que 3 taels al mes y dos sacos de arroz. Pero les dan 400 taels cuando se casan y 420 cuando envidan. (Davis, *Costumbres de la China*, tomo 1.º, página 381.)

merada que la acostumbrada, había elegido y casado con arte los colores que sabía agraciaban mas á la señora de sus pensamientos: su túnica carmesí, adornada con ricos bordados era de un gusto esquisito, y hubiera sido suficiente para conquistar el corazón de una madrileña: el resto de su adorno podía honrar á la mas célebre modista de París. Su larga cola de un negro de azabache, estaba delicadamente trenzada: llevaba pendiente del cuello un collar de perlas finas. Su braserillo estaba lleno de las esencias mas raras y tenía en la mano un magnífico abanico que maneja con singular gracia.

Aquel galante esmero en las cosas exteriores, produjo una impresion favorable en Si-fian, que era un poco vana, y cuidaba mucho de su adorno. La ciudadela, para servirnos de una antigua metáfora, estaba pues á punto de rendirse á aquella formidable demostracion del enemigo: mas cuando rompió el fuego, é hizo jugar simultáneamente la fusileria de las mas tier-nas espresiones y la artilleria de batir de los regalos (que se componian de una caja de oro para el tabaco, y un perrito de aguas), la plaza se entregó á discrecion, y Ho-fi entró en triunfo en el corazón de la dama. La hermosa vencida guardó la caja, se comió el perrito, y aceptó la mano del venturoso Ho-fi. Celebráronse las bodas, y la primera quincena de la luna de miel trascurrió como un instante. Los jóvenes esposos solo se ocupaban en complacerse mutuamente, y si alguna vez se turbaba la paz, era únicamente por que uno de ellos queria obligar al otro á que aceptase los mejores pedazos de zorro, huron, rana, ó cualquiera otra golosina.

Una mañana Ho-fi marció á la ciudad y permaneció en ella algun tiempo. A su regreso sacó del bolsillo un paquetito de thé.

—Amada mia, dijo con la mayor ternura, tengo un amigo que dedica á la horticultura su tiempo y su fortuna. Ha dirigido sus experimentos con tanta habilidad y buen éxito, que ha llegado á hacer que sus naranjos produzcan bananas, y á transformar estas en grosellas. Pero á lo que ha consagrado hace mucho tiempo todos sus afanes, ha sido á un arbolito de thé: le ha plantado con sus propias manos, y le ha abonado con gusanos de seda y tuétano de tortolitas, y le ha regado todos los dias con jugo de canela: todavía no ha recogido mas que dos onzas de hoja: una la ha regalado al emperador, y me ha enviado la otra, como su mejor amigo. Aqui la tienes mi querida Si-fian; si me amas, pon en infusion estas hojas, y bébete ese odorífico licor.

—No, dijo Si-fian; puesto que este licor es tan raro, tú le beberás y yo no: ¿pero qué hojas tan particulares?... lo mas extraño es, que sin que quede la menor duda se asemejan á las del thé ordinario. ¿Y qué es esta especie de polvillo de que se hallan cubiertas?

—Ese polvo, respondió el imperturbable Ho-fi es una película que proviene de los gusanos de seda, y precisamente es lo que constituye la virtud de estas hojas. Pero es necesario, querida Si-fian, que bebais ese thé delicioso: para vos le he traído, y una negativa de vuestra parte, me daría motivo para creer, que haceis poco caso de las atenciones de vuestro esposo.

Al decir estas palabras, Ho-fi derramó agua hirviendo sobre las hojas, y presentó á su esposa la taza que contenia la perfumada infusion. Si-fian por el contrario insistió en que él la bebiese, y de aqui provino una pequeña contienda de cariño conyugal por que cada uno queria ceder al otro el placer de probar aquel brebaje. Si-fian comenzó por negarse formalmente á beber ni una sola gota: luego dijo que si Ho-fi la dejaba un poco en el fondo de la taza, se lo beberia, y por último, de concesion en concesion, concluyó por decir, que si consentia en beberse la mitad, ella se tomaria el resto. Ho-fi por su parte insistia en que se lo bebiese todo, ó por lo menos que fuese la primera. Ya principiaba á acalorarse un poco aquel tierno debate, cuando Si-fian deseosa de poner término á él, arrojó por la ventana el contenido de la taza, diciendo que era el mejor medio de cortar la disputa.

Pasó aquel ligero nublado, y muchas veces los dos esposos tomaron juntos el thé sin que ningun incidente perturbase su dulce tranquilidad. Una noche que estaban en tan importante ocupacion, Ho-fi acababa de apurar su primera taza, cuando Si-fian hizo maliciosamente la observacion de que el thé no le parecia

tan bueno como otras veces. Ho-fi, convino en ello, y haciendo uso de una fórmula de imprecacion familiar á los chinos, dijo que deseaba la muerte y podredumbre de la raíz que le había producido.

—¿Cómo?... replicó Si-fian riéndose á carcajadas, ¿después de tanto trabajo como le ha costado á vuestro pobre amigo el abonar la planta con gusanos de seda y especíes? Ese deseo no es en verdad nada caritativo. Ho-fi se estremeció y cambió repentinamente de color.

—¿A qué conduce, dijo algun tanto amostazado, volver á tratar de ese asunto?... no quiero que se hable ya mas de él.

—No, contestó Si-fian riéndose cada vez con mas fuerza, había resuelto que os bebiérais el thé, y cuando creísteis que le arrojaba por la ventana, no hice mas que echarlo en una vasija que tenía afuera. Ahora lo he mandado calentar para vos, y siento que os mostreis tan poco sensible á esta delicada atencion de vuestra esposa.

A medida que Si-fian hablaba, el amarillento rostro de Ho-fi se ponía pálido y cadavérico; cuando concluyó, inmóvil la cabeza sobre sus hombros, se asemejaba bastante á una olla de cobre con su tapa; su cola, erizándose por el efecto físico del terror, tomó una posicion horizontal, y parecia el asa de una cafetera, mientras que su boca entreabierta representaba el orificio de la espita.

Durante algunos momentos permaneció como clavado en su silla; mas luego de repente se puso en pié, dió un salto, y comenzó á pedir á gritos agua caliente.

—¡Envenenado!... decia, ¡estoy envenenado!...



Retrato de Ho-fi.

—¡Envenenado!... repitió Si-fian, luego ese thé era... Efectivamente, ahora me acuerdo de aquel polvillo blanco... ¿Pero qué podía ser?...

—¡Agu!... ¡agual!... gritó Ho-fi con furor. Ese maldito veneno me abrasa las entrañas, me devora. En nombre de Fó, que me traigan un emético, que se me apliquen cataplasmas, emplastos, y todo cuanto quieran.

Llevaronle á la cama y enviaron á buscar tres médicos; continuó gritando y agitándose hasta que le faltaron las fuerzas; luego, durante algunas horas se quedó sin sentido y en un estado de aniquilamiento. Cuando recobró el conocimiento, se acordó de las imprudentes palabras que se le habían escapado, y sintiéndose mas tranquilo procuró explicarlas. Dijo que aquel thé tenía tanta fortaleza, que le había privado de la razon, con mas rapidez que el licor embriagante que se estrae del arroz. En su delirio, había creído que su esposa había echado veneno en la taza; ¡horrorosa alucinacion cuyo absurdo reconocia!... Que la pedia perdón por todas las estravagancias á que podía haberse entregado durante aquel acceso de demencia, y que iba á escribir sin demora á su amigo el horticultor, para prevenirle, que si desgraciadamente para él se le antojaba al emperador, su celeste primo, el probar el thé que le había enviado, debía temer el ser condenado á morir en espantosos tormentos.

Ho-fi estaba dotado de una constitucion á prueba de veneno y de tres médicos chinos. Se restableció, pues, aunque lentamente, y pudo continuar al lado de su tierna esposa.

Sin embargo, fuertes sospechas habían penetrado en el ánimo de Si-fian. Incesantemente, y á pesar suyo, la atormentaba la idea de que su marido la había ofrecido thé envenenado, sin duda por un exceso de cariño, para librarla del triste cúmulo de penas y cuidados de este mundo. Ya, antes de su matrimonio, habían llegado á sus oídos ciertos rumores poco favorables y

de naturaleza extraña; malas lenguas pretendían que la muerte de algunas de las mugeres de Ho-fi no había sido muy clara, por no decir mas. Pero no había pruebas contra él, puesto que además de otras cosas, los chinos no habían llegado todavía á esa moderna perfeccion de la ciencia química, por medio de la cual nuestros doctores del Occidente pueden, destilando un hueso ó friendo un músculo, reconocer la presencia de la millonésima parte de un átomo sospechoso.

Todavía no podía darse á un hombre la reputacion de Barba-azul, sin esponer algunos motivos en apoyo de alegacion tan grave. A los ojos de ciertas personas, solo por el hecho de haber estado casado seis veces, y de haber envidado siempre al cabo de dos meses, era muy significativo. ¿Mas quién no sabía que un cenidor amarillo recibia al casarse, del emperador su primo, una indemnizacion de cien taels para poner su casa, y que cuando moria su esposa se le daban otros ciento veinte para subvenir á los gastos del funeral? Ho-fi no seria el primero de quien se sospechaba que había especulado con semejante medio de acrecentar su capital.

Si-fian no pudo, pues, eximirse de ciertas sospechas; pero como había amado de veras á Ho-fi, trató de disipar unas ideas que destruían su felicidad con sus ilusiones. Sin embargo, siempre la perseguía un vago temor de que la enviase á hacer compañía á sus seis esposas difuntas, cuyos atahudes perfectamente rotulados y numerados, estaban simétricamente colocados unos junto á otros, como los tomos de una misma obra en el estante de una biblioteca.

Aunque me sea muy sensible, no puedo menos de decir que las sospechas de Si-fian eran muy fundadas.

Su esposo era un monstruo, que nada deseaba tanto como el encuadernar lo mas pronto posible su sétimo volumen en madera de alcanfor, ponerle su corriente número, y colocarle en su sitio en la bóveda conyugal.

Ho-fi se acordó de un incidente que había visto en una famosa tragedia china; era un medio ingenioso para deshacerse de una persona que incomodaba, y resolvió hacer el ensayo. Se proporcionó un perro silvestre, y habiendo comprado un traga de muger de un color particular, y otro enteramente semejante, pero de clase inferior, vistió con este último á una especie de manequi que llenó de paja, huesos y pedazos de carne, y luego escotó á su perro á arrojarle sobre aquella

figura. El animal despedazó bien pronto el manequi y devoró su contenido, lo cual le aficionó á aquella especie de juego. Ho-fi repitió muchas veces sus ensayos, y cuando conceptuó que el perro estaba ya bastante familiarizado con su manequi, le ató y le tuvo sin comer algunos dias. Entonces regaló el otro vestido á su esposa, manifestándole deseos de que se le pusiese en seguida. Si-fian no tenía inconveniente en acceder á aquel nuevo capricho; mas sin embargo, examinó antes con una mirada escudriñadora aquella nueva prenda de la ternura de su esposo. Ho-fi juró que jamás había estado tan linda, y luego, prestando un negocio que le detendría fuera mas de una hora, la rogó que le esperase hasta su vuelta en una gruta del jardín, la recomendó al mismo tiempo que velase para que nadie llegase á un arcon que había mandado colocar en el patio de la casa, cuya cerradura decia se había roto casualmente, y la prometió, por último, que mas adelante la enseñaría lo que contenia.

Cuando Si-fian quedó sola comenzó á reflexionar. —¿Quién sabe, decia entre sí, si mi querido esposo habrá dispuesto en esa gruta algun lazo, alguna trampa secreta, ó alguna arma de fuego de resorte? Yo creo que lo mas prudente es no aventurarme á ir allí. ¿Y qué hay en ese arcon para que forme tanto misterio? ¿Apostaría á que contiene la mortaja que destina á su querida Si-fian. Por de pronto, si yo la cojo, estoy decidida á suplicar á mi padre que le haga conocer la indignidad de semejante proceder.

Animada con tal resolucion, Si-fian quiso proceder inmediatamente al reconocimiento del arcon. Mas al travesar una galeria para ir al patio, pasó por junto á la jaula que contenia el pájaro de felicidad de su esposo, que era una corneja con collar blanco. Ho-fi apreciaba mas aquella ave, que los demas bienes de este mundo; la había domesticado y la consideraba como una especie de talisman, que mientras le poseyese debía preservarle de todo accidente desgraciado. Como

Si-fian le daba muchas veces de comer, el pájaro la tenía alguna inclinación, lo que permitía suponer, que su protectora influencia se extendía también a ella. Le sacó de la jaula, y colocándole en su muñeca, le dió un beso, fué al patio y se dirigió hacia el arcon. Levantó sin vacilar la tapa; pero la dejó caer al punto, al ver los ojos chispeantes y la espumosa boca de un enorme perro, que procuraba arrojarle sobre ella.

Si-fian huyó precipitadamente, y habiendo caído la tapa sobre el lomo de Ono-ono (asi se llamaba el animal), pudo alejarse algunos pasos antes que lograra desprenderse. Sin embargo, no hubiera tardado en despedazar aquel nuevo vestido para buscar debajo de él

buscar al doctor. tomó una linterna, y consultando á su espejo, se convenció de lo que sospechaba, á saber, que el color de su rostro no tenía nada de comun con el de la seda. Entonces fué á su cuarto, abrió la puerta con mucha precaución, y antes de entrar arrojó un hueso á lo interior para asegurarse de que el terrible Ono-ono no estaba allí: porque ya se sabe que un perro hambriento jamás desprecia un hueso.

Mas como nada se movía, Si-fian se aventuró á entrar. Avanzó con mucha circunspeccion, temiendo que alguna pérdida cuerda, enredándose en su pequeño pie la hiciese caer, y reconoció con el mas minucioso cuidado todos los rincones de la habitacion, para des-

y Si-fian aguardó el regreso de su esposo, que tardó todavía dos ó tres horas, y volvió sin el médico. Al ver á su muger, retrocedió sorprendido.

—Mi querida Si-fian, la dijo, ¿por qué no os habeis acostado como os lo habia suplicado? Creedme, habeis hecho muy mal en despreciar mi consejo y en esponeiros á la accion del aire.

—Si me hubiese acostado como os empeñabais en que lo hiciese, le contestó, me hubiera sido imposible cerrar los ojos durante vuestra ausencia. Mi imaginacion habia sido atormentada con dragones, diablos y otra multitud de visiones semejantes, que en nada podian contribuir ni á mi tranquilidad, ni á mi curacion. Ademas estaba aguardando la visita del médico que me habiais indicado. ¿Porqué no ha venido con vos?

—Está muriéndose su hijo, contestó, y no se ha atrevido á separarse de su lado; pero me ha recomendado que no salgais de la cama, mientras esteis bajo la malfica influencia de ese planeta: es necesario que yo vele esta noche á vuestro lado sin tomar alimento, y me ha indicado ciertos simples, que debo ir á coger á media noche en la montaña inmediata, con los cuales compondrá mañana una pocion saludable. Os suplico, pues, amada mia, por el amor que profesais á mi ceñidor amarillo, que no dilateis por mas tiempo el meteros en el lecho.

Si-fian, despues de hacerse rogar un poco, concluyó por consentir en ello, pero exigió que antes comiese su esposo con ella un guiso que habia preparado durante su ausencia, con la esperanza de que le agradaria despues de su paseo nocturno.

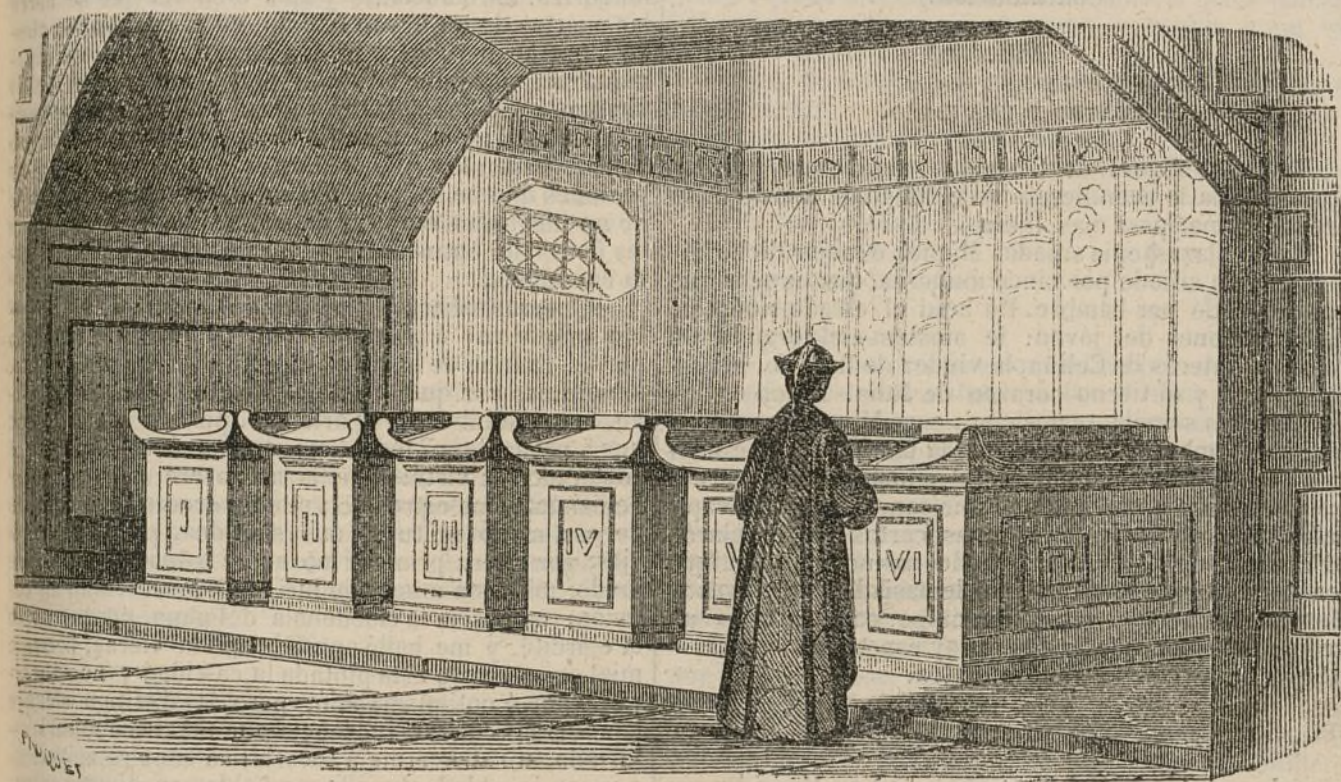
Ho-fi, nada tenia que objetar á una proposicion tan racional, mas exhortó patéticamente á su cara mitad, que por su propio interés, se abstuviese de probar aquel plato: el ejercicio habia producido apetito á Ho-fi.

Puestos bien pronto de acuerdo los dos esposos, se sentaron á una mesita uno enfrente de otro: pusieron un velon en la mesa, sirvieron la cena en una especie de sopera cubierta con su tapadera. Ho-fi alargaba ya la mano para levantarla, cuando Si-fian, involuntariamente sin duda, derribó el velon y se apagó la luz. Fué á levantarse, y al hacer aquel movimiento cayó la mesita, por manera que la sopera fué á parar á las rodillas de Ho-fi. Este, en medio de aquel desastre trató de salvar su cena (pero desgraciado! aquella se le agarró á la muñeca, y comenzó á dar alaridos. Lo cierto es que Si-fian habia querido regalar á su marido con un guiso de serpiente que le gustaba mucho, solo que se la habia olvidado matar al reptil.

Enfurecido Ho-fi, la persiguió por la habitacion, hasta que el dolor que le producía la mordedura de la víbora, le obligó á tirarse al suelo, dando gritos, y lastimándose la cabeza contra el pavimento. Mientras estaba en aquella posicion, Si-fian le puso el pie en la espalda, y saltando con ligereza por encima de él, se escapó de la casa. El terror que obra maravillas, la hizo correr con una velocidad hasta entonces desconocida para ella.

Por fin llegó sin aliento y estenuada por la fatiga á casa de su padre. Aunque la noche estaba muy avanzada, el sabio Bah-bah no dormia: sumido en sus ilusiones filosóficas, meditaba en aquel momento acerca de los efectos de las simpatias naturales y de la feliz aplicacion que habia hecho de su teoria en la persona de su yerno.

Cuando oyó la relacion de su hija, su indignacion



La habitacion de los seis sepuleros.

impresa acostumbrada, si Si-fian, con una rara presencia de ánimo, no hubiese agarrado por el cuello al pájaro de felicidad, y despues de hacerle dar tres rápidas vueltas en el aire, no se le arrojase al hambriento perro. Este se precipitó sobre la desgraciada corneja, y mientras la devoraba, Si-fian llegó á la puerta, la cerró con presteza, y corrió todos los cerrojos.

Cuando Ho-fi volvió, no pudo evitar un movimiento de sorpresa, al ver á su esposa tranquilamente recostada en un sofá. Si-fian se contentó con decirle friamente que un perro silvestre habia entrado en el patio, y que su pájaro de felicidad, se habia escapado.

Ho-fi se puso inconsolable con semejante pérdida. —Mas hubiera querido, decia, perder nueve mugeres, que mi pájaro de felicidad.

Temia que la desaparicion de aquella ave no le anunciase lo que mas le hacia temblar en este mundo, es decir, que ya no perderia mas mugeres.

Sin embargo, procuraba conseguir sus fines, y no tardó en poner manos á la obra. Mas notando que Si-fian estaba sobre aviso, juzgó prudentemente, que despues del mal éxito de la última tentativa, ya no podia hacer uso de un medio descubierto, y envió el perro á la persona que se le habia prestado.

Trascurrió una semana sin ningun nuevo incidente. Una tardecita, cuando los árboles de las montañas del Oeste, se extendian gradualmente en direccion del Este por fértiles campiñas (circunstancia bastante indiferente en sí misma; pero que refirió únicamente por la costumbre que tienen los artistas del celeste imperio, de no olvidar las sombras en sus cuadros para hacer creer sin duda que su pais es todo luz) una tarde, pues, en que la hermosa Si-fian estaba sentada en la elegante galeria de un kiosco, ocupada en bordar, y mascarando betel, Ho-fi se acercó á ella, y dando á sus facciones una espresion de ternura y de alarma:

—Por las uñas de Con-fu-tzen, exclamó, ¿padeceis, mi encantadora Si-fian?... vuestra tez tiene la palidez de la seda, y en este momento estais bajo la maligna influencia de Saturno: la tarde está húmeda, y obrareis con cordura retirándoos á vuestro cuarto. Sobre todo, es preciso evitar los colores demasiado vivos, que no pueden menos de fatigar vuestros ojos ya delicados. Volved, pues, os suplico, y si me quereis creer, cerrad vuestras ventanas y apagad la luz para que no os rodee mas que el color negro, tan agradable para la vista. Os dejo por temor de que el brillo de mi ceñidor amarillo os haga daño, y si quereis acostaros, voy á enviaros un célebre médico, que despues de inspeccionar los astros, juzgará qué remedios conviene emplear.

Los chinos, como es sabido, poseen muchos secretos de fisica, desconocidos á nuestros filósofos europeos. Han descubierto entre otras cosas, relaciones misteriosas entre ciertos colores y ciertos planetas, entre el amarillo y Saturno, por ejemplo, ó bien entre el negro y Mercurio. El blanco es su color de luto, por lo que el negro posee á sus ojos propiedades extraordinariamente alegres y recreativas.

Si-fian no comprendia bien aquella tierna y repentina solicitud de su esposo; sin embargo, disimuló sus inquietudes, y aparentó hallarse dispuesta á conformarse con sus deseos. En cuanto Ho-fi salió para ir á

cubrir el peligro que pudiera amenazarla, porque estaba instintivamente persuadida de la existencia de algun riesgo. Examinó la chimenea, miró el brasero colocado debajo de la cama, segun el uso de China (uso cómodo que en invierno suple al calentador); quitó la mesa, separó las sillas, pero todo fué tiempo perdido.

Sin embargo, no estaba aun completamente tranquila, y de repente la ocurrió una idea: ¿Si habrá puesto agujas en mi cama? y aquel pensamiento la estremeció, porque ya la parecia que sentia penetrar en su cuerpo un millon de puntas de acero. Levantó con mucho tiento la ropa, y la volvió á dejar caer precipitadamente. Habia tenido miedo; pero solo dejó escapar un ligero grito, como pudiera hacer una tortolilla asustada: luego retrocedió algunos pasos, y se puso á reflexionar lo que debia hacer.

¿Qué era lo que habia visto en la cama? La cabeza triangular y los ojos centellantes de una grande víbora negra, y si su espanto no fué excesivo, era porque estaba habituada á ver aquellos reptiles, que representan un gran papel en las cocinas chinas.



El arca del perro

Al momento salió de la habitacion, llamó á una criada, y la envió á buscar un ratoncillo: lo ataron una piedrecita á una de las patas y le metieron en una vasija con el cuello estrecho; levantando luego otra vez la ropa con mucha precaucion para ver en dónde estaba la víbora, colocaron la vasija entre las sábanas con el orificio vuelto hacia el reptil. Hecha esta operacion, se pusieron á escuchar: al cabo de algun tiempo la pareció que la oían deslizarse en la vasija, y su conjetura se confirmó bien pronto por un chillido agudo que dió el raton. Entonces volvieron á separar la ropa, levantaron con presteza la vasija, la taparon la boca,

no conoció ya limites: veíase herido simultáneamente en su ternura de padre, y en su dignidad de filósofo.

—Yo llevaré este asunto á Pekin, gritó, y haremos ahorcar á Ho-fi con su ceñidor amarillo.

Sin embargo, Ho-fi, cuando se calmaron los primeros paroxismos del dolor, envió á llamar á un cirujano para que le curase la muñeca, que se habia inflamado considerablemente: luego, con arreglo á un antiguo principio de medicina, hizo cocer la víbora, y aguijando su apetito el placer de la venganza, tuvo una excelente cena.

Bah-bah, segun habia prometido, elevó directamen-

te su queja al emperador. El tribunal de los castigos (*Hing-pon*) fué encargado de examinar el negocio, y una comision compuesta de tres miembros del *Ta-li-sse* ó tribunal criminal superior, se trasladó al sitio del delito.

Ho-fi y su muger, sus criados, Bah-bah, y otras muchas personas citadas como testigos, tuvieron que comparecer ante los comisarios imperiales: algunos parientes de las primeras mugeres de Ho-fi, fueron igualmente interrogados. La causa se instruyó con mucho esmero: hizose la suma de las diversas indemnizaciones que Ho-fi habia recibido con motivo de sus siete matrimonios y de la muerte de sus seis primeras mugeres, y se declaró que habia abusado de la munificencia de su primo y del privilegio de quedarse viudo.

En seguida, se consignó hasta la evidencia que habia atentado de varios modos contra la vida de Si-fian. Ademas resultó de una manera indudable en las actuaciones, que por medios poco delicados se habia desembarazado de sus otras seis mugeres; y los jueces, suficientemente ilustrados, le declararon por unanimidad culpable sin circunstancias atenuantes.

Trasmitido á Pekin con toda celeridad el informe de la comision, se recibió á los pocos dias el siguiente decreto del padre del celeste imperio. Iba dirigido á todos sus súbditos, es decir, á sus trescientos sesenta millones de hijos.

«Pekin sexto mes dia décimo cuarto, año cincuenta y ocho del reinado de Ho-ho.

«Si no se ejecutan las leyes, aun con los que tienen el honor de pertenecer á la familia imperial, perderian su fuerza y su autoridad.

«Cuando la morera degenera en espio, es conveniente arrancarla.

«El crimen no puede pasar desapercibido á la vista perspicaz de Ho-ho. Ho-ho tiene orejas muy largas.

«Ho-ho, quiere imitar las virtudes de su padre Ha-ha y transmitir buenos ejemplos á su hijo Hi-hi.

«Ha llegado á noticia de Ho-ho, que un cierto ceñidor amarillo, llamado Ho-fi, residente en la ciudad de Hum, despreciando la voluntad imperial tantas veces proclamada, de que todos vivan en paz y ninguno haga daño á su prójimo, se ha atrevido á hacer morir traicionariamente á seis mugeres cuyas legítimas, y hasta ha atentado contra la vida de la sétima. Hé aqui los medios que al efecto ha empleado, y las mentiras de que se ha valido.

«La primera fué precipitada desde lo alto de un peñasco: dijo que habia tenido un vértigo.

«La segunda fué ahogada: dijo que habia muerto á consecuencia de un exceso en la bebida.

«La tercera se encontró ahorcada: entonces alegó la dificultad de su respiracion.

«La cuarta fué envenenada: declaró que era muy poco escrupulosa en la eleccion de los alimentos.

«La quinta murió de hambre: dijo que observaba una dieta escesivamente rigorosa.

«La sexta fué sofocada: ha pretendido que ella misma no habia podido decir como habia muerto.

«Por medio de semejantes subterfugios, ese miserable, durante largo tiempo ha gozado con impunidad del fruto de sus crímenes. Pero la verdad se ha manifestado por fin: el pollo ha roto su cascara, la gata ya no puede ocultar sus hijuelos, y el papagayo ha mudado la pluma: ¡qué se avergüence de su colar!

«Se halla pues en el órden de la justicia, el que el castigo tenga alguna analogia con la naturaleza y las circunstancias particulares del crimen. Habiendo atentado Ho-fi contra la vida de su sétima muger por medio del veneno, de un perro y de una víbora la voluntad de *Thien-tsen* (hijo del cielo), es que Ho-fi sea arrojado á las víboras hasta que muera: que lo saquen el corazon, le mojen en veneno, y se le den á comer al perro Ono-ono. Ordena ademas, en consideracion á los anteriores delitos del susodicho Ho-fi, que su cuerpo sea cortado en una infinidad de pedacitos, que serán distribuidos por todo el imperio, uno por cada milla cuadrada, y se clavarán en unas estacas en los caminos públicos. Los diez parientes mas próximos de Ho-fi, sufrirán tambien la pena de muerte: mas como conviene templar la justicia con la clemencia, es asi mismo la voluntad de Ho-ho, que sean únicamente ahogados. Sus criados recibirán cada uno doscientos golpes de bambú: Bah-bah recibirá quinientos, y durante doce meses, llevará el collar de madera en castigo de sus doctrinas heréticas y perniciosas: el principal mandarin de Hum, que ha tolerado semejante escándalo, será suspenso.»

Ya he referido la historia de Ho-fi. Su nombre hace largo tiempo que se pronuncia con execracion en el celeste imperio. Los griegos le han tomado prestado de los chinos, y entre ellos *ophi* era una exclamacion equivalente á *oh serpiente*.

La hermosa Si-fian, no tardó mucho en encontrar un nuevo esposo que la hizo olvidar las desgracias de su primer himeneo, mientras que el sabio Bah-bah, oprimido con aquella especie de argolla, tuvo suficiente tiempo para meditar acerca de la vanidad de sus teorías. En cuanto al principal mandarin de Hum, me es muy sensible decir, que espío de una manera muy desagradable para él, una ligera distraccion de *Tchoung-chon-tche-jin*, secretario encargado de transcribir el decreto imperial, el cual, por inadvertencia en la parte de la sentencia concerniente á aquel funcionario, puso la palabra *ahorcado* en lugar de la de *suspenso*.

UNA HISTORIA DEL GRAN MUNDO.

NOVELA ORIGINAL

POR D. TEODORO GUERRERO.

PRIMERA PARTE.

UN CORAZON DE HOMBRE.

(Continuacion.)

VIII.

CUATRO Y UNA CINCO.

Tambien Miguel de Céspedes cayó en la red: los ojos de Julia le prendieron: en el fuego de unos ojos se prende la mariposa mas lijera.

Cinco plazas tenia sitiadas Miguel, ó mejor dicho Miguel se veia sitiado por cinco mugeres, que es peor que verse sitiado por hambre. Hé aqui el estado sinóptico de las pasiones del jóven: le amaban—el orgullo de Luisa, el interés de Celina, la viudez de Rosario, el hastio de Rita y el tierno corazon de Julia. Difícil es defenderse en semejante posicion; pero Miguel era un jabali acostumbrado á luchar con la jauría, sin que ningún diente rabioso pudiera introducirse en la carne.

Como todo escritor tengo mis caprichos. Este capítulo quiero ocuparle con algunas cartas que revelarán el corazon de los personajes de mi novela.—Al que lea las cartas y le parezcan demasiado espresivas ó demasiado fuertes, que no me culpe: cada carta es un reflejo del alma que la dicta: soy exacto en copiar.—Al que no le gusten, que no las lea.

(RITA A MIGUEL.)

«¡Ingrato! seis dias hace que estoy en Madrid y no vienes á verme. ¡Si supieras cuanta necesidad tengo de desahogar mi alma en otra alma jóven, en un alma de fuego que pueda comprenderme! Ven, nadie mejor que tú puede consolarme, Miguel; tú, que me hiciste arrojar desde ese templo que llaman felicidad conyugal á un precipicio de deleites, á una vida de amor, de sensaciones, nueva para mí; pero ya lo ves, no quiero salir de mi perdicion; me cansa esta vida tranquila al lado de un hombre de cabellos blancos, que me habla de dicha suprema cada vez que encierra en su casa un nuevo talego de oro; ¿acaso se identifica mi corazon con el vil interés? ¡Malditos viejos! Ven, Miguel mio; me asustan las caricias de una mano cadavérica, los besos de hielo de unos lábios contraindidos, el contacto de un cuerpo de mármol; necesito emociones, sobresaltos, un aliento de fuego que me vivifique y un alma que sea rocío de mi alma... ¿No ves que la raquítica yedra no me deja medrar, porque á ella estoy unida?—Estas doctrinas te harán reir: son un triunfo para tí, porque tu me las enseñaste: son las flores del arbutus que supiste sembrar en mi corazon. Me desmoralizaste; pero te doy las gracias; tus lecciones son perwersas, pero necesito de tus lecciones: ven á dár-melas.»

(CELINA A MIGUEL.)

«Decididamente conozco que te cansa mi compañía, pero no puedo acostumbrarme á pasar sin tí y te espero siempre. Como no te dejas ver, no he tenido ocasion de presentarte unas cuentecitas pendientes: componen poca cantidad, y asi puedes mandarme los 45,700 reales, que es su importe total.

«Deseo que me traigas personalmente ese dinero.»

(GUILLERMO A MIGUEL.)

«Los triunfos en el amor, caballero, son como los triunfos en las batallas; hoy vence vd. y mañana puedo vencer yo; pero creo impropio de un militar, dejarse rendir innolemente, y menos sufrir esa risita sardónica con que siempre me reciben sus lábios. La espada decidirá quien debe seguir obsequiando á la muger que adoro con todo mi corazon.»

(MIGUEL A GUILLERMO.)

«Es vd. un niño fátuo y le perdono su atrevimiento, sintiendo mucho que *mi risita* le haga tanta impresion; en cuanto á los triunfos, espero con ansia esa *mañana* en que debe vd. vencerme noblemente. Sepa vd. que no consiento que los niños se me suban á las barbas, y le recomiendo que deje la espada quieta, pues solo unas ideas caballerescas de colegio pudieran echar mano de un recurso tan gastado y que tan malos resultados ofrece. En el corazon es fácil introducir la espada, pero no es fácil introducir el amor; busque vd. el medio de hacerse dueño de su idolo y cederé el campo. Con la espada se mata un hombre, pero no se conquista una muger.—Evite vd. siempre el ridículo y no provoque cuestiones de esta naturaleza.»

(MIGUEL A LA CONDESA DEL PRADO.)

«Con razon te quejas, hermana mia, de mi silencio, y haces bien en acusarme; pero sabes que no es falta

de cariño mi morosidad en dirigirte mis letras. Tanto tú como tu marido me invitais á menudo para que vaya á pasar una temporada á vuestro lado, pero, ¿quieres? soy franco; te he dicho mil veces que la vida de provincia me asusta, que esta atmósfera de depravacion cortesana es la que me vivifica; en Córdoba seria una planta exótica y me aburriria ese descanso con que me brindas, pintándomelo muy bello; no ignoras que soy enemigo de teorías fantásticas.

«Hoy, mi amada Alicia, pienso de otro modo; me siento regenerado y empiezo á huir de los placeres, porque me hastian, porque voy comprendiendo que la pureza tranquiliza la conciencia y que á los veinte y ocho años es preciso detener el paso; miro atras y me horrorizo: miro adelante y aun creo ver que se abren las puertas de un nuevo templo, en el cual no me atrevo á entrar, porque soy profano; pero ¿quién sabe, hermana mia, si resbalarán mis pies y me hallaré dentro sin pensarlo? Los deleites cansan y el cuerpo se gasta antes que el alma; mi corazon está intacto, no habiendo sufrido en tantos rudos embates de las multiplicadas pasiones que he soñado; hoy me desconozco: el germen de un idealismo empieza á brotar en mi imaginacion: las flores del entusiasmo; no te rias para no ser injusta conmigo...»

«Querrás saber, Alicia, cual es la causa de este cambio mio y voy á participártela. Yo corria despeñado por el camino de la crápula, roto el freno del apetito, sin oír mas voz que la del deleite y una mano me detenía, mano débil en la apariencia, pero de tal fortaleza, que á pesar de mi lucha, me encontré clavado en el suelo; alcé la vista: aquella mano era de una muger bellísima, y me estremecí; puedes creerme: el contacto de esa mano no turbó mis sentidos, pero turbó mis ojos; por la vez primera no supe hablar y permanecí mudo; ¡oh! esta muger no hirió mis deseos, sino mi corazon; no poseia la elocuencia del alma, porque nunca la ejercité, y me hallé apurado. ¡Si la vieras, hermana mia! en su rostro está pintada la castidad y no sé si será ilusion ó optimismo mio, pero la distingo siempre con una aureola de inocencia que me hace mirarla con asombro, sin atreverme á tocarla; su seno se agita siempre con igualdad; cuando me habla, su aliento es puro, y cuando estrecho una de sus manos, ninguna compacion nerviosa descubre esas señales inequívocas de desenfreno. Esta muger es mi ángel de la guarda: ella me preservará en adelante de los tropiezos mundanales. Con mi Julia ¿qué me importan las demás mugeres de la tierra?

«Tú, que antes de casarte, pasaste por una de esas impresiones volcánicas, dime, Alicia mia, si estoy enamorado; ó nunca supe lo que era amor, á pesar de haberlo dicho tantas veces ó ahora que no lo digo cuando lo estoy sintiendo. Escríbeme; necesito una persona de mi íntima confianza á quien comunicar mis impresiones.»

(LUISA A ROSARIO.)

«Mi bella enemiga: no estrañarás el epíteto que te regalo, pues bien sabes que hay una barrera que nos separa; tú asesinaste mi amor, robándome al hombre que adoraba; á su vez, un viento contrario hizo girar esa veleta para fijarse en otro punto. Las dos quedamos desengañadas, y no lo niego, las dos tenemos interés en atraerle; es cosa casi imposible, pero uno monos para derrotar al idolo de hoy; es débil y por trabajo debe costarnos la victoria. Comó tú no tengo sangre en las venas; toda la llevo agolpada en la cabeza y quiere salir por los ojos; la ira es un ariete formidable; marchemos unidas contra esa niña raquítica mal criada que nos hace frente. Mañana la veremos vencida y llorará su desengaño: mucho nos puede valer su sobrino Guillermo; incítalo á la venganza: con un niño tiene el corazon de cera; dale la forma de una furia para que caiga sobre Miguel; ¡oh! ¡si yo fuera hombre!»

«Te aconsejo mucha indiferencia para que no puedas sorprendernos.»

(MIGUEL A JULIA.)

«¡Triunfaste, Julia mia! Permite que establezca contigo la franqueza; la palabra *usted* es un salvo conducto del amor para que pase desapercibido á los ojos del público; pero entre dos seres que se aman como nosotros, debe existir una reciproca confianza; una confianza que solo nuestras almas disfruten de ella. Yo me conozco, mi bien; te amo, si, te amo, porque voy deseando envolver mi simpatía con el velo del misterio. Yo amaba por lujo, por ostentar mugeres y jets á mi capricho, por darle en cara al mundo con esas pragmáticas sociales, por hacer daño, y menos que nada por satisfacer un deseo; pues bien, ahora, Julia, quiero que adivinen mi amor, no quiero que me lo digan, no quiero que me sorprendan en un dulce colloquio, porque me figuro que me roban algo de mi amor, porque el mundo indiferente es el sarcasmo arrojadado de una mirada, ni el fuego de una pasion cascada que presta su calor sin quemar mas que el corazon cuando quema el cuerpo todo el idealismo huye, produce la cinica turbacion de los sentidos. Ayer me hubiera reido de esta carta, pero hoy santifico todo lo que te pertenece. Triunfaste, Julia, y lo digo con orgullo.

«Te escribo esta, porque hace cuatro horas que no veo, y en cuatro horas te me has aparecido bajo mil

mas diferentes, pero siempre deslumbrante de pureza. Adios, alma de mi alma: te envio con estos renglones una de aquellas miradas eternas que tanto me ilusionan en los pocos dias que cuenta mi amor.»

(JULIA A MIGUEL.)

«Hoy me juzgo mas feliz que ayer, porque cuenta un dia mas nuestra pasion, que creo será eterna. Tienes razon; la confianza es hija del verdadero cariño y necesitamos de la confianza para ser todo lo dichosos que deben ser las almas que como las nuestras nacen para amar. Si, Miguel; ó mucho me engañan tus ojos ó son dos raudales donde apaga mi alma la sed del cariño, si es que esta sed puede apagarse nunca.

«No te veo ahora, pero te adivino, porque todo cuanto me rodea me recuerda tu persona; todo cuanto me rodea eres tú; estoy escribiéndote sobre una mesa donde tuviste anoche apoyado un brazo; así es que estoy hablando contigo; la pluma no sabe lo que hace al transcribir mis pensamientos, porque no es la pluma la que te escribe; es mi corazón que tiene por intérpretes á los lábios. ¡Miente tanto una pluma!

«Estoy contando en el reloj de mi pecho las horas que faltan para volver á verte; cada minuto me parece una eternidad.»

Miguel besó con transporte aquella carta.

El alma de Miguel de Céspedes había transmigrado; el tigre feroz estaba convertido en manso cordero. ¡Gran fenómeno!—¿Quién es ella? ¡Bien decía el sabio rey! (sin nombrarlo se adivina quién es, porque no se cuentan muchos reyes sabios.) Siempre ellas! Siempre es una muger la piedra que encuentra el hombre en su camino para tropezar y caer víctima de su miopismo; pocas veces esta piedra sirve para advertirle que le conviene volver atrás.

IX.

CINCO MENOS CUATRO, UNA.

Era el martes de carnaval.

En 1846, la careta iba perdiendo ya su prestigio; las intrigas se presentaban descaradamente, pues en el gran mundo, el amor no necesitaba de cendal, ni buscaba el secreto. En vez de encubrir bajo el misterioso capuchon unas formas delicadas, que era preciso adivinar, se presentaban mas descubiertas y acompañadas del rostro *al aire libre*, si se me permite esta espresion. Nada mas ridiculo (y por lo tanto nada mas elegante) que los llamados bailes de trages (*bals travestis* de Francia), para los cuales las mugeres y ¿quién lo dijera? los hombres emplean una semana en estudiar las épocas, consultando los trages que mejor les sientan, protegiendo su coquetería.

Ahora bien: un *bal travesti* va á servirme de punto de reunion de los personajes de mi novela; este es un capricho que nadie puede criticarme; soy dueño de mi pluma y forjo á mi voluntad lo que primero me ocurre.—Janin tiene razon: «Cada escritor es soberano de un vacío, donde todos pueden establecer nuevos imperios.»

No es fácil conocer la idea de Rosario al abrir sus salones el martes de carnaval para un baile de trages; es imposible penetrar ciertos arcanos de las mugeres; pero en muchas de sus determinaciones revelan un interés particular; seguramente que Miguel de Céspedes debía ser un móvil principal de esta fiesta casi improvisada, atendiendo á la eficacia con que la viuda recomendó que le entregasen personalmente la papeleta de convite.

Se abrieron las puertas de los salones y empezaron á entrar los convidados, confundiendo los siglos y las épocas con una incoherencia risible; el salon era una enciclopedia burlesca de lo pasado.

Rosario representaba á *Artemisa*, la célebre viuda, reina de Caria, que tanto loró á su difunto *Mausolo*; cualquiera que hubiese leído en su corazón, hubiera juzgado un sarcasmo aquel traje; ¡es tan fácil vestir el vicio con el manto de la virtud!

Luisa era por aquella noche la enamorada *Cleopatra*, y marcaba con sus formas redondas y su majestuosa presencia á la distinguida matrona.

Rita (que se había hecho presentar en las *soirées* de Rosario, porque sabia que allí iba Céspedes) vestía sencillamente un traje de *vieja de la edad media*, brillando su terso y rosado cutis al lado de los polvos blancos de su cabellera.

Julia divinizaba una *vestal*: su corona y su manto realzaban su belleza, no desmintiendo el pudor que se pintaba en su rostro.

Cada una había sabido simbolizar su estado para presentarse aquella noche ante los ojos de su amado; Rosario queria manifestar el llanto de la viudez; Luisa, la soberbia del corazón; la pobre Rita, su apego á la vejez, y Julia, su castidad.

En medio de aquella turba, las cuatro, aunque separadas, miraban á la puerta, esperando. La orquesta anunció un rigodon.

Cuatro latidos dieron cuatro corazones, y un murmullo general de aprobacion recibió á uno que entraba. El nuevo convidado lucía un riquísimo traje, que recordaba á *don Juan Tenorio*: era Miguel de Céspedes. Sabia el papel que desempeñaba, lo conocia prácticamente y acaso adivinaba el objeto de aquel baile.

Saludó cortemente á la viuda, cambiando ambos una sonrisa, y cuando el rigodon iba á empezar, ya *don Juan* ocupaba su puesto, dando su derecha á una

—Mi *don Juan*, dijo esta, impaciente me tenias.

—Ofrecí bailar contigo el primer rigodon. Me parece que soy puntual.

—Tienes razon: soy injusta.

Una tierna mirada se cruzó entre los dos jóvenes y hubieran permanecido inmóviles en un éxtasis dulcísimo, si su *vis-à-vis* no les hubiera avisado que empezaba la *contradanza*.

—No sé, Julia, decía Miguel, que magia tienes para mí; hace un mes, el traje que visto me hubiera ayudado á hacer mil locuras, hubiera enamorado á cuantas mugeres hermosas hay en la sala, hubiera sostenido mis intrigas: hoy, te lo confieso, no sé mas que mirarte; siempre poseí una afluencia extraordinaria para hablar á las mugeres; ahora, se me traba la lengua y me es imposible coordinar una frase.

—Calla, dijo Julia con sobresalto, Luisa se acerca y puede oírnos.

—¿Qué me importa? Eres mia ya....

—Le tengo miedo á esa muger, Miguel; nos devora con los ojos. ¿Es verdad que la quisiste mucho?

—No: fué un pasatiempo.

—Con todo, temo....

—Haces mal, bien mio.

—¿Me amas?

—Con delirio.

¡Hé aquí á un hombre convertido por una muger! ¡Hé aquí á Platón triunfando sobre Pirron! ¡al caballo desenfrenado sujeto por un hilo! ¡al tigre mirando con cariño á la oveja! ¡Miguel de Céspedes, al hombre de mundo, dominado por una pasion que manejaba como un adolescente inesperto! Se creia á cubierto del amor, pero no hay pararrayo en nuestro cuerpo que descomponga el fluido amoroso, para que no llegue al corazón. No hay que dudarle: el amor como el aire se introduce por los menores resquicios; en vano se cubre el corazón con el tupido velo del desencanto, porque llega el amor, penetra por los poros mas imperceptibles y al fin se entroniza.

Acabó el rigodon. Miguel llevaba algun plan, porque decidido se dirigió á Luisa que hablaba á Guillermo. Miguel no pudo contener la risa, y el pobre oficial bajó la cabeza cólerico: iba representando en su traje á *Cupido*.

Don Juan Tenorio presentó una mano á *Cupido*, el cual no se atrevió á rehusarla, y le dijo:

—Trae vd., amigo mio, un traje muy simbólico; pero le advierto que examine las flechas y el corazón que quiere herir, porque un golpe en vago desacreditaria al dios del amor.

—Caballero, exclamó Guillermo, veo que persiste vd. en insultarme....

—Señor mio, la mansedumbre es el distintivo del amor, y seguramente no es ese traje el mas á propósito para imponerme miedo, ni las flechas de un *niño ciego* las mejores para herir á un *Tenorio*.

—Pudiera ser que se equivocara vd., señor de Céspedes. Yo....

—¡Basta! le engañan á vd. las fuerzas, caballero. Hasta luego.

Miguel se dirigió á Luisa y tomó un asiento á su izquierda; el oficial, verde de cólera, abandonó el salon; conocia lo ridiculo de su posicion, pues Julia tambien se había reído de su traje.

Luisa, ó mejor dicho *Cleopatra*, se estremeció, viendo á *don Juan* que se acercaba á hablarle. Miguel dijo:

—Necesitaba una entrevista con vd., señora, y celebré que ahora se me proporcione....

—¿Qué modo de hablarme es ese, Miguel? ¿Delirar?...

—No: rotos los lazos de la intimidad, debo tratar á vd. como á una persona indiferente.

—Indiferente!... Bien; retirese vd. No debo sufrir mas vejaciones: solo siento por mi orgullo que una niña impertinente tenga el poder de trastornar esa cabeza. Si antes le amaba á vd., ahora le odio.

—Gracias, señora; no olvide vd. que tengo la discrecion de todo caballero.

—No lo olvidaré; pero....

—Servidor.

Miguel hizo un saludo respetuoso á Luisa, que desgarró sus guantes, jurando vengarse; el joven acudió á Rita que le llamaba.

—¿Ni un saludo para mí, ingrato?

—Estoy ocupado, señora; mi futura reclama mi presencia: tengo el honor de ofrecer á vd. mis respetos.

—¿Qué dices, Miguel? ¿Persistes todavía? ¿Así olvidas tus compromisos? ¿Qué infamia!

—Tiene vd. razon: soy un perverso.

Rita ahogó un grito penetrante, vaciló, y sintiéndose desfallecer, se apoyó en el brazo de un *puritano* que pasaba.

Ambos salieron del salon.

Miguel se dirigia al sitio donde se hallaba Julia, cuando una mano le detuvo por el brazo y una voz le preguntó:

—¿A dónde va el irresistible *don Juan*?

—Voy á buscar el norte de mi cariño. Si vd. me permite....

—Estrañ en verdad, caballero, tamaña insolencia.

—No comprendo, Rosario, ese lenguaje.

—Ni yo le comprendo á vd., Miguel.

—Lo siento. Mire vd. á Julia que me llama: esta noche le pertenezco.

—Es decir, caballero, que para vd. el honor de las mugeres es un juguete que se puede pisar cuando cansa. Siento en el alma no haberlo sabido antes.

—Aun es tiempo; hágase vd. cuenta que jamás me conocí; hoy no puedo disponer de mí.

—¿De veras?

—Hablo con el corazón.

—¿Con el corazón? ¿Acaso le tiene vd., Miguel?

—Voy creyendo que sí. Adios.

La supuesta *Artemisa* mordió su pañuelo y volvió la espalda á Céspedes, que rebotando alegría se incorporó á Julia para entregarse al dulce movimiento de un vals que empezaba.

Imposible seria pintar el estado de aquellas mugeres despreciadas; las tres fulminaron su odio contra Miguel. Rita se repuso y siguió del brazo con su *puritano*, que conocedor de las mugeres, adivinó un trastorno en aquella máquina femenina y supo aprovechar esos instantes de celos, que tan favorables suelen ser á un tercero. Rita quiso darle en cara á Miguel con su rival; ¡recurso gastado!—sin advertir que Miguel no la miraba. El *puritano* se mostró elocuente; al retirarse del baile, algunos polvos blancos de la cabellera de la *vieja* se hallaban en la manga de su jubon; sin duda, la cabeza de la víctima se había apoyado involuntariamente en el brazo de su proyectado amante.

Luisa y Rosario, nuevas serpientes tentadoras, inducian á Guillermo á que provocase á Miguel; pero el oficial—*Cupido*, sin ser cobarde, temia la risita de *don Juan* y sus sarcasmos.

Julia y Miguel se hablaron poco; pero supieron devorarse con los ojos.

Al despedirse, dijo ella:

—¡Te persiguen esas mugeres, Miguel!

—Descuida, ángel mio; he roto cuantos lazos me ligaban á ellas: solo tú me quedas en el mundo, y á tí me consagro con fervor.

—¡Serías un perverso si así no lo hicieras! ¡te amo tanto!

—Te juro que eres correspondida; y esta es la vez primera que no profanan mis lábios la palabra amor.

—Adios, Miguel; hasta mañana.

—No, Julia; te llevo en mi corazón y aunque nos separemos estás siempre conmigo; cuando la flor guarda en su corola un riquísimo perfume, solo matándola pueden robarle su esencia.

—Es verdad.

—Adios, mi bien.

La joven, instintivamente, estrechó con suavidad la mano de su amante, que sintió un estremecimiento involuntario.

Miguel de Céspedes abandonó el baile presa de un vértigo que trastornaba su razon.

Antes de acostarse, abrió su escritorio, sacó unos billetes de banco y los puso bajo un sobre con los siguientes renglones:

«Celina: pago por última vez mi amor. Busca otra proteccion porque me retiro del mundo.»

Llamó á su ayuda de cámara y le entregó la carta para que la llevase al dia siguiente á su destino, y respiró con satisfaccion, diciendo entre sí:

—Nada me une con esas mugeres odiosas. Soy todo de Julia.

Aquella noche le costó trabajo dormirse, y cuando lo consiguió, un sueño agitado fué á atormentar sus sentidos; acaso era la aparicion de sus amantes que iban á darle el adios postrero; acaso tambien se le apareció un ángel en forma de muger que trataba de guiarlo por la senda de la virtud y de la felicidad....

Como el cordero se vistió con la piel del lobo, *Abe-lardo* se había vestido aquella noche con el traje de *don Juan*.

X.

SINTOMAS ALARMANTES.

Miguel de Céspedes estaba enamorado, y el gran mundo lo sabia ya, porque con razon dice un refran que el dinero y el amor no se pueden ocultar. Como el ciego á quien le baten las cataratas ve la luz y la admira, así Miguel se deslumbró con los rayos del amor que iluminaron su corazón, abrasándose, despues de una ceguedad completa, producida por la turbacion de los placeres.—Por corrompida que esté el agua nunca falta un filtro que la purifique: Miguel se había purificado y amaba á Julia, acogiendo con fervor y con entusiasmo aquellas pequeñeces que simbolizan las pasiones grandes, y de las cuales se había reído tanto en el tiempo de sus extravíos.

El dia despues del baile de trages en casa de Rosario suspiraba Miguel al despertarse; una nueva savia circulaba por sus venas: la imagen de Julia no se había separado en toda la noche de su sueño, y acabó por convencerse que aquella imagen estaba incrustada en su corazón.

A las doce entró el marqués de Solares en su cuarto y lo encontró envuelto en la bata, reclinado en un divan y contemplando con enagenacion un retrato que tenia en la mano.

El marqués se acercó á Céspedes, sin que lo notara, y despues de mirar el retrato soltó una carcajada.

Miguel se levantó de improviso, pasándose la mano por los ojos y escondió el retrato entre el pecho y la bata.

—¡Bravisimo! está vd. en muda contemplacion, mi amigo Céspedes?

—Sí, contestó éste con calma: me hallaba arrobado mirando el rostro de una muger.

—Ya lo he visto: el rostro de Julia. Me ha parecido vd. uno de esos hambrientos que miran con támbas ojos las vidrieras de la pastelería Suiza.

—Siempre con bufonadas; pero esta vez, señor mío, se equivoca vd. porque al contemplar las facciones de Julia no he sentido nublárseme los ojos con el deseo. Los hombres corrompidos como vd., profanos á todo sentimiento puro, no comprenden el idealismo del corazón.

—Decididamente, ó se está vd. burlando de mí, amigo Céspedes, ó ha hecho vd. pacto con la hipocresía.

—Nada de eso, marqués; estoy amando y ese es el fenómeno que vd. no se explica, ni me lo explico yo, aunque me voy convenciendo de ello.

—¿Ama vd. de veras? ¡Bá! ya lo creo; ama vd. á todas las mugeres en general y en particular á diez ó doce; ¿no es cierto?

—Repito que no; amo á una muger, á un ángel, al bello ideal de mis ensueños.

—¿Qué comedia está vd. representando?

—Represento la verdad.

—¡Ay, amigo! advierto en vd. malos síntomas; ¿será posible que Julia?...

—Sí: la adoro.

—¿Y Luisa?

—¿Quién se acuerda de esa muger? Fria, sin corazón....

—No estamos de acuerdo. ¿Y el fuego de sus ojos?

—Luminarias, marqués. Falso resplandor que hace creer que arde el corazón.

—¿Soberbio es vd. buen intérprete.

—Entiendo un poco estos asuntos.

—¿Y Rita? ¿Y Celina? ¿Y Rosario? ¿Y tantas y tantas como le he conocido á vd. últimamente?

—Duermen en el olvido. Los amores impuros son aves de paso que se posan en el nido que encuentran, como un descanso, y vuelan despues con el deseo satisfecho.

—O hablando prosáicamente, añadió el marqués que rabiaba por decir un chiste, esos amores son alojados que duermen una noche en el corazón y al día siguiente cambian la boleta, ó siguen su marcha.

—Como vd. guste, marqués.

—¡Pobrecillas! Anoche, la viuda echaba fuego por los ojos, y Luisa hubiera querido convertir los suyos en saetas para matar á Julia.

—Buen provecho! nada alcanzarán. Mi amor para ellas fué un sarcasmo y ya pertenece al mundo.

—No entiendo, amigo Céspedes...

—Sí, marqués; el mundo lo sabe y al mundo le reglo mi pasado; mi presente pertenece al amor; mi porvenir será de Julia.

—¿Cómo!... no puede ser.

—¿Quién sabe si se equivoca vd. á pesar de su seguridad?

—¿Qué dirá el mundo?

—Repito que nada tengo ya que ver con ese mundo.

—¿De veras?

—He aquí la prueba, marqués.

Miguel se levantó, abrió un armario y sacó una caja maqueada que puso sobre la mesa.

—No comprendo, amigo mío, lo que tiene que ver esa caja con el mundo.

—Va vd. á saberlo: esta caja es mi infierno.

—Cuidado, dijo el marqués sonriéndose y echándose para atrás; cuidado, no sea la caja de Pandora y corramos peligro...

—No, marqués; esta caja es una enciclopedia de objetos sin valor que puedo llamar desengaños; es un panorama desgarrador, porque encierra la verdad; es el sepulcro de mis ilusiones; es un libro de sentencias que aprendí á fuerza de lágrimas; si, porque los desengaños me han arrancado lágrimas que no ha visto el mundo; mis lágrimas se guardan en esta caja de recuerdos, que es mi historia.

—Me admiro escuchándolo á vd., amigo Céspedes.

—Sí, aquí está mi historia completa, historia ilegible para el mundo, porque esta historia no se lee con los ojos sino con el corazón, y solo el mío entiende sus caracteres.

—Impaciente estoy por ver esa historia geroglífica.

Miguel cogió una llavecita y abrió la caja de recuerdos. El marqués se puso á reír á carcajadas sacando una porción de objetos que volvía á dejar en la caja.

—¡Ja, ja, ja!... Me ha dado vd. un solemne chasco, Céspedes; creí ver una cosa sorprendente en esta caja y me encuentro que es el escondrijo de una urraca.

—Tiene vd. razón; las almas vulgares y pobres no entienden este lenguaje; no comprenden que una hoja, un fleco, un objeto insignificante guardan un pensamiento grande y eterno, porque son la sombra de un cuerpo, porque cada uno es un recuerdo; y un recuerdo, marqués, es en el libro de la vida una página que no puede arrancarse, una página que siempre lee el alma con interés.

—¿Quién lo creyera? Desearía saber la historia de esta caja; será curiosa.

—Demasiado curiosa, pero demasiada larga, y á vd. no le interesaría.

—Al contrario, suplico á vd. que me la cuente.

—Cada objeto indiferente es un episodio de mi vida.

—Veamos, dijo el marqués; ¿qué es esto?—Una cartita plegada con primor.

—Sí: es de Elisa; las primicias de mi amor á los quince años. Los dos nos engañamos algún tiempo y al fin pagó un desden mío con otro desden; este fué para mí un desengaño cruel, pues creí que su orgullo de muger la mataría al verse despreciada. ¡Esta es mi primera lección de amor!

—¡Lección algo dura! Pasemos adelante. ¡Uff! este

papel encierra una sortija de pelo. un cordon de idem y un rizo. Mucho cabello tenía la muger que le dió á vd. todo esto, Céspedes, si es de una misma.

—Sí: todo es de Isabel. Tuve la debilidad de celebrarle sus hermosas trenzas, y dándome su pelo aseguré que me sacrificaba lo que mas valia en ella. Cuando se acabaron nuestras relaciones lloró su pelo perdido, pero no su perdido amor. ¡Otro desengaño!

—Vea vd., exclamó el marqués en tono de bufonada, un amor que le convenia á Pelaez ó á Reigon; esta chica era un filon sorprendente para un peluquero.... Adelante. Una tarjeta.... Fulano de Tal.

—¡Ah! sí: era un *quidam* espadachin; un hombre á quien me vi obligado á dar una porción de mi sangre para enorgullecer su habilidad y su reputacion, satisfaciendo así el ultraje que le hice, por saludarle equivocadamente. El mundo se ocupó de nosotros un día, y ese día fui fatuo. Guardo esa tarjeta como una muestra ridícula de las exigencias sociales.

—Es verdad. En cambio yo he tenido lo menos quince desafíos y siempre le hemos dado ganancia al fondista. Sigamos.—Aquí encuentro dos guantes de distintos colores y de distintas manos; los dos son de Dubost; el blanco tiene por marca C. 26; el caña F. 23. Noto, amigo Céspedes, que á la dueña del primero le sudaban los dedos; esto para mí es una contrariedad.

—Sí; ese guante lo abandonó una mano calenturienta entre las mias, que lo quitaron maquinalmente; están sus dedos trasudados, pero ese sudor me pertenece: era el calor mío que corría por sus venas, enardecido su sangre. ¡Qué momento aquel! Ella me abandonó ó yo le quité su guante, y nuestras manos entrelazadas se hablaron y se comprendieron; entre tanto nuestros ojos se miraban y los labios permanecían mudos. ¿Es preciso hablar en momentos tan supremos? ¿Acaso el alma no tiene su lenguaje en el silencio? Este guante es el prólogo de una historia que acabó con un desastre.... El guante caña es el prólogo de otra historia que no tiene mas que prólogo. Pertenece á una muger que juró amarme hasta que muriese, y sin embargo un mes despues era de otro: en aquel tiempo no podía yo ofrecerle una posicion brillante; vió en la balanza de la realidad mi corazón en un lado y un porvenir de metal en el otro. ¿Quién duda en este caso?.... Verdad es que no tenia de ella nada mas que un guante y un guante ajado que habia cumplido su servicio. Ya ve vd., marqués, si con lecciones semejantes podía vivir mucho tiempo mi corazón; pero no la amaba: me he convencido de ello porque la he visto despues sin conmovirme.

—¡Bravisimo! no creia que dos guantes sucios dicesen tanto. Siempre he vivido en lo presente: por eso no guardo recuerdos que me incomodarian.—¿Qué es esto? Un encaje roto.

—¡Ah! me acuerdo; se lo arranqué una noche de la muñeca á Rita en un acceso de celos: creí que ajaba mi amor propio.... ¡Imbécil!

—Esto es mas curioso, Céspedes; ¿qué quiere decir en la historia de vd. este alfiler?

—Dice mucho, marqués. Este alfiler me lo clavó Emilia en un brazo, al bajar una escalera, porque me vió coquetear aquella noche con otras. ¡Qué mugeres! y al día siguiente, en desquite, tomó por amante á mi

mejor amigo. ¡Qué venanza tan horrible! ¡Dos golpes en el corazón!

—Vea vd. un alfiler histórico que podría figurar mañana en el museo de antigüedades.—¿Y estas flores secas?

—No las toque vd., marqués; si no quiere profanarlas.

—¡Ja, ja, ja! ¡qué lenguaje! Las sueltas; no quiero cometer una profanacion.

—Son de Julia; las llevaba en su *bouquet* la noche que se ligaron nuestros corazones por un impulso secreto. Esas flores nunca se marchitarán.

—Lo creo, exclamó el marqués, como que ya nada tienen que perder....

—Es verdad: no las mira vd. como yo con los ojos del alma.

—Mi alma no tiene ojos, amigo Céspedes.... ¿Sabe vd. que noto una cosa que me sorprende? Veo aquí una porción de paquetes que deben contener cartas y en los sobres de todas leo estas palabras. «*Mi última pasión.*» ¿Podré saber cuál ocupa verdaderamente el último lugar en el orden cronológico del corazón?

—Ninguna: cada vez que moria uno de mis amores juraba huir de las mugeres, pero esta era la promesa de un convaleciente: apenas me curaba habia olvidado los padecimientos y volvía á amar con el mismo fervor. Ahí tiene vd. motivado ese letrado repetido.

El marqués cerró la caja sonriéndose, se puso de pie y le dijo á Céspedes presentándole una mano:

—Adios, Miguel; me ha dado vd. un asunto soberbio para un folletín; asunto que servirá á un amigo mío para dar de comer un día á su periódico-tarasca.

—Puede vd. hacer lo que guste, marqués.

—Adios; he pasado un buen rato. Cuidado con Julia; le veo á vd. al borde de un precipicio....

—Descuide vd.; ya estoy regenerado.

Apenas hubo salido el marqués, se quedó Céspedes pensativo y avivó el fuego de la chimenea. Pasados algunos minutos, cuando la llama necesitaba alimento, se apoderó de su caja de recuerdos, y despues de sacar las flores secas la colocó sobre los morrillos diciendo:

—¡Arde, mentiras doradas! La verdad ha puesto su trono en mi corazón; esos recuerdos no tienen valor alguno para mí; no conservaré mas que las flores de Julia, porque son el epilogo de mi historia, y la única página que debo leer y conservar en mi porvenir.

Cuando la llama hubo consumido la caja, dió un suspiro y llamó á su ayuda de cámara para que le ayudase á vestir y mandase enganchar la berlina.

A las tres, vestido de rigurosa etiqueta, entró en su carruaje y dijo á su cochero:

—¡Aprisa! á la calle del Arenal.

El carruaje partió al galope.—Para los enamorados no tienen fuerza los bandos de los corregidores.

Los briosos caballos de la berlina de Miguel de Céspedes se pararon delante de una casa, sin que el cochero les tirase de las bridas; esto probó que estaban acostumbrados á detenerse en aquel sitio.

La visita del joven duró mas de dos horas, que pasaron en conferencia con la madre de Julia.

Cuando Céspedes salió, la niña se arrojó llorando en los brazos de su madre.

(Se continuará.)

TIPOS ANDALUCES.



Contrabandista perseguido por el resguardo.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.
Arrastrado el hombre por un torrente de placeres, no ve los males que le persiguen.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. NELLACÓ.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 1.